

Juan Crisóstomo

SOBRE LA PROVIDENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

EL ORDEN FÍSICO DEMUESTRA QUE HAY UNA PROVIDENCIA DIVINA

El hecho solo de existir el mundo constituye una viva demostración de la divina Providencia. Dijo el Apóstol hablando de Dios: *todo es de él, todo es por él y todo está en él; a él sea la gloria por los siglos de los siglos. Rom. 11. 36.* Es decir, que él es la fuente, el principio y el autor de todos los bie-

nes. Todo lo produjo; lo conserva todo. Preguntad si Dios existe á los que niegan la Providencia, y si os responden que no, sellad los lábios y volvedles la espalda, pues con semejante especie de hombres, que entregados á la demencia de sus pasiones desoyen los gritos de su razon, lo único factible es huirlos para que no contagie su locura. San Pablo escribia á los hebreos que Dios lo sostiene todo con la palabra de su poderío (Hebr. 1. 3), dando á entender que todo lo gobierna. Todas las cosas volverian á la nada si su diestra dejase de sostenerlas. Así el conservar el mundo es un prodigio en nada inferior al de su creacion. La Providencia, que lo conserva, es acaso

aun mas admirable que la Omnipotencia que lo creó. Cuando Dios hizo el mundo, sacó de la nada sustancias que no existian; empero conservar en armonía constante aquellas sustancias enemigas unas de otras, es obra y milagro diario de la Omnipotencia.

Si hubiese una Providencia, claman los hijos de la depravacion, todos los hombres gozarian de iguales bienes; mas en la sociedad humana se ven todas las cosas repartidas de una manera muy vária y desigual. Para este enfermedades desde la infancia, para aquel miserias y padecimientos hasta en la decrepitud, mientras un malvado duerme en brazos de la molicie y se regala acariciado por lisonjera

opulencia. Respuestas hay para directamente confundir ese clamor impío. Pero lo ahoga con su muda elocuencia el universo entero; lo ahogan los inmensos bienes, que resultan de su admirabilísima organizacion y compostura. El inagotable foco de una luz, que todos los dias brilla á nuestros ojos, y el órden y la constancia de las leyes, que gobiernan la naturaleza, ¿existirian sin una inteligencia, que les diese la direccion y la vida? Si son obra del acaso, pruébese que este ciego acaso ha desplegado y extendido sobre nuestras cabezas y por cima de las aguas el magnífico cielo tachonado de luceros y bordado de esplendorosas estrellas. Pruébese que el ciego acaso orde-

na las estaciones y les señala el tiempo en que han de darnos los frutos, que nos mantienen; pruébese que le deben su virtud generativa las plantas y las semillas.

Ninguna imagen ofrece de orden y de método lo que sucede por acaso. Y por el contrario, lo que tiene el sello del orden, supone arte é inteligencia. Todos los dias vemos la prueba de esta verdad: cuanto acontece por los caprichosos juegos del acaso, sale por lo regular en confusion, y está mostrando la falta de regla y designio; y añadido que aun las obras de manos imperitas en el arte participan de ese desorden é incuria. Póngase á construir un edificio quien no haya estudiado arquitectura, y se admi-

rarán los resultados de su temeraria empresa; tome el gobierno de la nave quien no sea piloto, y asustados los pasajeros la abandonarán para no caer en los abismos del mar. ¿Y se pretenderá que la tierra, masa pesadísima colocada sobre vacíos espacios y circundada de aguas, subsista siglos y mas siglos firme y constante en sus movimientos sin un poder regulador, al cual sea deudora de su conservacion? Volved los ojos á los diversos fenómenos de la naturaleza y examíadlos. Buscar en la física las razones mas ingeniosas para explicarlos seria en vano; dado caso que en todas hubiera completa certidumbre, no harian mas que presentarse como otras tantas pruebas de la

Divinidad. Si no se reconoce en todos ellos la acción de la Providencia, señáleseles otra causa; dígasenos quién es su autor. Descúbrase de quién otro pueda ser obra el universo.

Aun los que estuviesen privados del uso de la vista hallarian en sí mismos irrefragables testimonios de que existe un poder sabio y divino, al cual llamamos Providencia. Mas no dejemos de apelar á la autoridad de las sagradas Escrituras para confundir á los que la niegan. Por grandes que sean sus extravíos, son nuestros hermanos; y su miseria é ignorancia reclaman nuestra caritativa solicitud por curarlos de su intelectual ceguera. Sigamos en esto el ejemplo del mismo Dios,

que en nada se interesa tanto como en la salvacion de las almas. Su Apóstol nos lo asegura.

¡Ah! si dudais que hay una Providencia divina, preguntádselo á la tierra, al cielo, al sol, á la luna, á las diversas especies de animales, á las semillas, á las plantas, á los mudos peces, á las avecillas cantoras, á las rocas, á los bosques, á las montañas, á las colinas, al dia y á la noche. Por do quiera se ostenta con mas brillo que los rayos del astro que nos ilumina. En todos tiempos y en todas partes, ora recorrais las espantosas soledades, ora los sitios poblados, en las playas incultas y en las riberas habitadas, sobre el ámbito de la tierra y sobre el piélago insondable, por

do quiera se manifiesta á los ojos; por do quiera descubrireis los testimonios antiguos ó nuevos de su existencia, de su bondad y sabiduría; por do quiera oireis voces, que os declaren la tierna solicitud de la amorosa Providencia. Y á este elocuente lenguaje de la naturaleza aludia el real Profeta diciendo: *No hay nacion alguna, no hay lengua donde no se oigan aquellas voces.* Ps. 18. Nuestro idioma no lo entienden sino los que lo saben; empero todos los pueblos que habitan las diversas zonas del universo, comprenden las voces de las criaturas todas, que en armónico concierto pregonan la gloria de la Providencia. ¿Y qué mayor prueba de locura ó de embrutecimiento

que el desconocer el órden bellísimo, que en el mundo reina, y pretender que no hay Providencia y que no regula todas las cosas una sabiduría suprema é incomprensible? ¿No se tendria por loco al que afirmase que el sol carece de luz y de calor? Pues aun es mayor locura y extravagancia mas criminal solo el poner en duda que exista una Providencia divina, porque la luz del sol no se muestra mas claramente.

Ha tantos siglos que el sol viste de resplandores la bóveda del firmamento, y no pasa dia, en que al amanecer no arrolle con sus vencedores rayos las sombras de la fugitiva noche. Los demás astros hacen periódicamente sus antiguas y acos-

tumbradas revoluciones; la luna preside al espectáculo de las estrellas claveteadas en el magestuoso manto de la noche. Todo en los cielos y en la tierra òbedece á leyes fijas y determinadas, cuya constante armonía jamás sufre la mas lijera alteracion.

Basta, pues, fijar los ojos en la naturaleza, basta una sola mirada para convencerse de que existe una Providencia divina; mas como hay corazones obcecados y entendimientos, que resisten á la razon, y solo juzgan por los sentidos, es necesario demostrar esta verdad con el testimonio de las obras, que la patentizan. Ni me propongo pasar revista al universo entero, que seria dificilísimo sujetar al exá-

men del hombre. Mas lo pequeño y lo grande, lo que de él se descubre y lo que se oculta á las investigaciones humanas, rinden igual homenaje á la Providencia augusta. ¡Hijo de Adan! ¿para quién se ha hecho ese magnífico conjunto de la creacion? Para tí solo. Sí; para tí esas maravillas innumerables, cuya vida parece eterna y cuya fecundidad te paga un tributo diario y generoso, contribuyendo al mantenimiento de tu cuerpo y á la instruccion de tu alma. Gradas son por donde subas al conocimiento de Dios. No las crió el Señor para los ángeles, que de ellas no han menester: aquellos espíritus sublimes existian antes de que la diestra del Altísimo las sacára de la nada.

Cuando creaba yo los astros, dice el Señor en Job (cap. 38. v. 7), me alababan los ángeles y me entonaban cánticos en alta voz. Es decir que admiraban estáticos la muchedumbre y la variedad, la belleza, el orden y la armonía, el brillo y la magnificencia, el primor y el encanto, y en una palabra, las multiplicadas perfecciones de esas obras maestras de la mano de Dios, de las cuales tienen ellos un conocimiento muy superior al nuestro. Solo las estrellas, sino hubiese en el cielo otra hermosura, constituirían su ornato. ¡Pero cuánto lo embellece la presencia del sol y de la luna, que para regla tuya, para descanso tuyo y para delicia tuya se dividen todo el espacio del tiem-

po! ¿Y dónde se hallará espectáculo mas bello que el cielo iluminado por el sol y la luna escoltada de un ejército de estrellas, cuyos rayos reberverando sobre la tierra, se fijan en ella con apacible complacencia, disipan sus tinieblas, y dirigen los pasos del viajero y el rumbo del navegante? Guiado por su luz, desafía el impávido piloto las olas y tempestades, y se rie del furor de los vientos y de la oscuridad de las noches. Cerca de él parece estar aquella estrella, que sin embargo se halla á grandísima distancia suspendida en lo mas alto de los cielos, como pequeña lámpara del templo de la gloria: él la observa preguntándole lo que hacer debe: ella le responde señalándole

el rumbo, que ha de seguir, los mares que ha de ir rompiendo con la atrevida prora, en qué tiempo ha de aprisionar la nave con la pesada áncora, y cuándo la ha de sacar del puerto, y qué borrascas amenazadoras harán peligrosa la navegacion. Al modo que el sol preside al día, preside la luna á la noche, y su bienhechora influencia nos proporciona la plácida temperatura del aire y el rocío fecundante, con que se nutren las semillas, á las cuales debemos el alimento necesario á la conservacion de nuestra vida. ¡Admirable economía que nos pone de manifiesto la omnipotencia de Dios obrando como por juego cotidianos prodigios, y su sabiduría que con tanta abun-

dancia ha provisto al remedio de nuestras necesidades, y su bondadosa munificencia, que hasta en nuestros placeres se interesa!

CAPÍTULO II

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO

Para el alma que lo observe con atencion religiosa, el universo es un himno á la gloria de la Providencia. ¿Quién contemplaria sin asombro ese hermoso cielo, que ora ofrece el aspecto de un pabellon de luz suspendido y desplegado sobre nuestras cabezas, ora el de una pradera toda sembrada de infinidad de flores, que se ostenta

con el rico ornato de una corona brillante? Mas aquellas son flores, que jamás se marchitan, y esta es corona, cuya eternal belleza jamás se amengua. ¿Cómo es posible contemplarle sin encanto y sin admiracion cuando la noche ya va vencida y el dia aun no ha llegado; y el sol asoma con toda la pompa de la aurora, y luciendo rico manto de encendida púrpura y safir? ¿Y hay cosa mas encantadora que el aspecto de ese mismo sol cuando á manera de gigante sube rápidamente al despuntar el dia sobre el horizonte, y lo recorre todo abrasando con sus fuegos los mares y la tierra, las cumbres de los montes, la espesura de las selvas y las profundidades de los valles? Ha he-

cho replegarse sobre sí mismas á las tinieblas de la noche, y se diria que su vuelta cada dia reproduce la obra de la creacion para de nuevo invitarnos al suntuoso banquete de sus hermosas riquezas. ¿No es admirable sobre toda ponderacion el órden y la regularidad de su curso, siempre el mismo en tan dilatada sucesion de siglos, y su belleza, que sin cesar se renueva ostentando viva y florida juventud, y el limpio brillo de sus rayos, que se mezclan á tantos cuerpos extraños sin que jamás los manche su contacto impuro? Fijad principalmente la atencion en la muchedumbre de beneficios, que derrama sobre toda la naturaleza, contribuyendo á que las plantas se

reproduzcan, dando el necesario calor á nuestros cuerpos, y en cierto modo vida y fecundidad á todos los séres sin exceptuar á los que viven bajo las aguas y el aire mismo que hace mas sutil, mas puro y transparente. Así para expresar David los perpétuos resplandores de su belleza, su fuerza irresistible, la majestad y gracia de su régio atavío y el ministerio, que há tantos siglos desempeña con nunca interrumpida fidelidad, dice que el Señor puso su tabernáculo en el sol. Ps. 18. v. 5. Ora nos le presenta como un esposo, que ricamente engalanado sale de su cámara nupcial, ora como un gigante, que lleno de impetuoso brio emprende la carrera; imágenes ga-

lanas, con las cuales nos da á entender cuánta es su fortaleza y su velocidad. Luego para recordarnos que él solo basta al universo entero, parte, nos dice, de un extremo del cielo, y vedle ya tocando al otro extremo; ni hay quien pueda hurtar el cuerpo á su calor. Tan universal es el influjo de sus beneficios sobre todo el linaje humano.

Muéstrase al entendimiento la Providencia divina en la formacion de las nubes, en el órden de las cuatro estaciones del año, en la periódica reaparicion de los solsticios y de los equinoccios, en la armonía de los vientos, de los mares y de los infinitos peces, que pueblan sus senos insondables, de la tierra y de los muchos animales que ali-

menta, unos que por el suelo se arrastran, otros que vuelan por los aires, y otros anfibios. ¿Qué no podria decirse de los lagos, de las fuentes y de los rios, de las regiones habitadas y de las que no consienten moradores? ¿Qué infinidad de tesoros y maravillas ofrecen á los ojos del observador esas innumerables familias de árboles, de plantas y de vegetales, que nacen ya en los lugares cultivados, ya en los desiertos, en las campiñas, ó en los valles, en las cimas de los montes ó en la pendiente de las colinas, brotando por sí mismos, ó pidiendo para hacerlo el auxilio del hombre y la mano del labrador! ¿Nos detendremos á describir los animales domésticos y las bestias

salvajes y feroces, de tan diversas especies, ora grandes, ora diminutas, unas que andan ó se arrastran sobre la tierra, otras que nadan en las aguas, y otras que agitan sus alas en los aires? ¿Hablaré de las plantas, que salen en el invierno, ó en el estío, ó durante el otoño; de las cosas, que se ven cuando mas luce el dia, ó de las que solo se descubren de noche; de la lluvia, de la medida de los años, de la muerte y de la vida; del trabajo, que ha venido á ser nuestra herencia, del temor y de la alegría, de la bebida y del alimento; de los estudios y de las artes; de las maderas, de las piedras y de las montañas, de que se sacan los metales; de los mares navegables y de los que no

lo son; de las islas, de los puertos y de las riberas; de la superficie del mar y de la profundidad de las aguas; de los cuatro elementos de la naturaleza, de los cuales el mundo todo se compone; de la enfermedad y de la salud, de los miembros de nuestro cuerpo y de la constitucion de nuestra alma; del talento y de la sabiduría, que Dios atesora en las mentes privilegiadas para bien de sus semejantes; ó de lo útil que son al hombre los cuadrúpedos, las plantas y las demás criaturas hechas para nuestro servicio? ¿Puede darse cosa mas mezquina que la abeja, mas vil que la hormiga, ó mas despreciable que la cigarra? Y sin embargo, esos insectos tienen una voz clara y percepti-

ble, que publica y alaba la Providencia de Dios, su poderío y su sabiduría. Asombrado por esto el real Profeta, despues de haber recorrido toda la naturaleza, exclama: ¡cuán grandes son vuestras obras, ó Dios mio! Todo lo habeis hecho con sabiduría. Ps. 103. v. 24.

No temo repetirlo: para tí, hombre ingrato, se hicieron todas esas maravillas. Si hay vientos, son para provecho tuyo, á fin de que su salutífera frescura alivie la fatiga de tu cuerpo, y le entone y vivifique, para que su soplo te limpie la atmósfera de vapores nocivos, temple el ardor excesivo del sol, contribuya al desarrollo de las semillas y al crecimiento de las plantas,

para que hinche en el mar tus velas y al través de las ondas vaya empujando tus naves y te lleve á las regiones mas distantes; para que coadyuve á la tarea del labrador, separando la paja del buen grano; para que impida la corrupcion de las aguas, poniéndolas en movimiento; y para que satisfaga tus necesidades al mismo tiempo que te regala y halaga plácidamente.

Tambien la noche nos hace reconocer la existencia y las bondades de la Providencia. Dios nos la da para reposo de nuestros cuerpos quebrantados por los afanes del dia, para alivio de nuestras penas y cuidados y para tregua de muchos males vencedores de los inúti-

les esfuerzos de la medicina. Si quereis conocer y apreciar sus ventajas, suponed que no ha de llegar noche en que el sueño os cierre con blanda mano los ojos: faltará al cuerpo su vigor, y trabajará sin fuerzas y sin buen éxito.

Jamás acabaría si quisiese recorrer una á una las variadas escenas, que componen el inmenso cuadro de la naturaleza. Lo que no cesaré de repetir es que para tí, débil mortal, se ha hecho toda ella, para tí las artes y las ciencias, para tí las ciudades y las cabañas. Para tí el sueño, la vida y la muerte; para tí la creacion tal cual ahora la admiras en sus diversas partes, y tal cual debe ser en el siglo futuro, que la verá mas excelente y mas

perfecta, porque esto nos da á entender el Apóstol cuando dice *que la criatura se ha de librar de su actual sujecion á corromperse.* Rom. 8. v. 21.

¿Pero qué bienes ó qué provecho habia de sacar Dios con darnos el sér y el dominio del universo? Ninguno absolutamente. Su intrínseca gloria en nada se aumentaba: ninguna necesidad tenia de nuestros servicios, ni de nuestras pobres adoraciones. ¡Pues cuán viva no debe ser nuestra gratitud, cuán encendido nuestro amor y cuán sincero y fervoroso el culto que estamos obligados á tributarle, no solo por habernos creado, sino por habernos dado un alma racional y espiritual, poniéndonos en el sublime

rango de sus mas excelentes criaturas y entregándonos el cetro del universo! De todo somos deudores á solo su infinita bondad, pues el Altísimo antes de darnos el sér y antes de dárselo á los ángeles y á las virtudes celestiales, se hallaba en plena posesion de su excelsa gloria y de toda su completísima felicidad incomprensible.

Mas no perdamos de vista las razones, en que prescindiendo de nuestra santa fe, nos fundamos para creer en la divina Providencia. Sin ella ¿cómo subsistiría sin alterarse este mundo, que lleva en sí tantos gérmenes de muerte y disolucion? ¿Cómo entre los muchos elementos diversos y contrarios, que le constituyen, ninguno de

ellos declara guerra á los otros y causa sublevándose la ruina del conjunto? Considerad el humano-cuerpo: es pequeño, le dirige un alma, que arregla todos sus movimientos; el arte y la experiencia le enseñan cómo ha de conservarse; la naturaleza toda está á su servicio y le paga tributo; y con todo eso no puede mantenerse por largo tiempo en un estado de perfecta salud, y decae y muere víctima del menor desarreglo. ¿Y cómo el mundo, máquina mucho mayor y complicada, conserva siempre con igual lozanía y robustez su vigorosa constitucion? ¿Quién ha compaginado tan fuertemente sus diversas partes desde un principio y las ha puesto en tan duradera

armonía y concierto? ¿Qué fuerza omnipotente las encadena? En el cuerpo humano reconocemos un alma, principio de la vida que la anima; y en el momento en que le abandona se disuelven y aniquilan las diversas partes que le formaban. Y lo propio sucedería á este mundo si llegára á abandonarle la Providencia, autora y conservadora de su maravilloso mecanismo. Una nave sin piloto, hecha juguete de olas y tempestades, no tardaría en naufragar; y el universo combatido por tan continuas borrascas subsiste miles de años con el admirable orden, que en él tienen establecido las alternadas visitas del día y de la noche y la sucesión de las estaciones y de los frutos de

toda especie, que estas consigo traen. ¿Y así habia de subsistir sin que hubiera una Providencia que le gobernára? Poned los ojos en el magnífico espectáculo, que la naturaleza ofrece, en las flores, en su fragancia, en su belleza, en sus variadas formas; considerad los árboles, que nos regalan sus ricas frutas, y los que no son mas que gala y adorno de los campos y de los alrededores de las ciudades; fijaos en los metales; haced un estudio profundo de los animales que pueblan el mar, la tierra, y los aires; contemplad ese espléndido cielo, que parece que ayer hubiera salido de las manos de su Hacedor, esa tierra, madre fecunda siempre revestida del brillo y

hermosura de una juventud eterna, esas fuentes, cuyas aguas manan dia y noche desde el principio de los siglos, ese mar engrosado por tantos rios y que siempre respeta las barreras, que Dios le puso; y dad si podeis á este inconcebible órden otra explicacion que la única que satisface al entendimiento, y es que la divina Providencia gobierna y sostiene todo lo que ella misma ha creado.

En cuanto nos rodea se descubre la bienhechora Providencia. Los mas pequeños insectos elevan á ella nuestra alma, si contemplamos su naturaleza y recibimos sus lecciones. Muéstrasen tan admirable en la creacion de la hormiga como en la del firmamento. Y así nos dice

el sábio: *Id á tomar consejo de la hormiga.* Y en verdad que ese diminuto animalillo nos da una idea altísima de la sabiduría de su Hacedor. Volved los ojos á la abeja, y la vereis incesantemente ocupada tanto en servicio del hombre como en su propio provecho; imágen del cristiano, que en sus intereses ha de ocuparse menos que en hacer todo el posible bien á sus prógimos: afánase por recoger en la pradera el botín, con que endulzará la mesa del extraño. Imitad, pues, su ejemplo; si sois rico, partid vuestra opulencia con los pobres, y si teneis tesoros de sabiduría, distribuidlos tambien, haciendo que por medio de la produccion sean útiles al procomun

vuestros conocimientos. Lo que constituye la gloria de la abeja no es el ser laboriosa, sino el serlo para el bien público. Lo que los animales hacen por instinto y naturaleza, lo debe hacer el hombre por cumplir una obligacion, que la caridad le impone de acuerdo con su conciencia. Elabora su miel la abeja, porque tal es el órden de la naturaleza, y para ello fué hecha abeja, y ningun siglo ha visto abeja alguna que no supiese confeccionar la miel. Cuanto es obra de la naturaleza se halla en la especie entera; y es individual lo que solo proviene de la educacion. De tal suerte la hormiga diligente y la industriosa abeja le dan al hombre gritos para que levante el corazon y la mente

al Dios que las ha criado, y para que reconozca la bondad y la sabiduría de su inefable Providencia. Nos la declara la maravillosa dependencia, que tienen entre sí los seres, sirviendo al humano linaje los que parecían hallarse mas distantes. Solo Dios de nadie necesita; habla, y lo hace todo; manda, y le obedece todo. Pero de esta sublime soberanía ha dispuesto que no se halle ejemplo en sus criaturas para que estas le reconozcan por absoluto Señor de todas ellas. El lazo de una necesidad recíproca las liga y caracteriza. Ni el sol se basta á sí mismo; nada hacer puede sin los elementos que recalienta. Los eclipses que sufre, los vapores que se le interponen, las nubes que le

cubren, prueban la dependencia en que está de todo lo que le rodea. Su calor seria una plaga sino le atemperasen el rocío y la lluvia; y las brumas del invierno nos disputan sus beneficios. Seria la tierra un desierto sin las aguas que la fertilizan.

Los prodigios, que á nombre de Dios han obrado muchas veces sus esclarecidos siervos, haciéndose obedecer de los elementos y de toda la naturaleza, son tambien otra de las pruebas mas evidentes de que el mundo físico está sujeto á un poder divino é inteligente, es decir, á la adorable Providencia. La sola enunciacion de este argumento, que podemos llamar histórico, derrama copiosa luz en los

entendimientos elevados y reflexivos: basta abrir las sagradas páginas y ver en ellas que Moisés ejerce sobre toda la naturaleza un soberano imperio, y que á la voz de Josué suspenden su curso el luminar del dia, y la luna, reina de la noche, para persuadirse de que el universo observa las leyes y se rinde á los mandatos de un Señor altísimo, tan sábio como justo, y tan libre en sus actos como rey omnipotente de todo lo que él mismo ha creado.

CAPÍTULO III

PRUÉBASE LA PROVIDENCIA POR EL ÓRDEN MORAL

Pasemos de la naturaleza á otros mundos mas admirables, cuales son el hombre y su conciencia, y ellos nos atestiguarán la realidad de una Providencia divina. Pero llamemos antes á sus mismos adversarios, y si confiesan que hay un Dios, es necesaria consecuencia que sea justo, pues si no lo fuese

no seria Dios. Ahora bien, si es justo, á todos dará lo que cada cual merezca. Notamos sin embargo que esto no se verifica sobre la tierra; y por lo mismo es necesario concluir que existe otro órden de cosas, en que á cada hombre se haga la justicia que se le debe, y por consiguiente que hay una Providencia, que en la vida futura reserva al crimen castigos y premios á la virtud. Elevándonos á tan sublime esfera, ya está no tan solo probada la existencia de la Providencia divina, sino tambien plenamente justificada su misteriosa y admirable conducta. Quien la niega muestra que no cree en Dios, ó que no tiene idea de un sér perfectísimo.

Un Dios, que ningun cuidado viera de sus criaturas, que no interesase en su conservacion, se esmerase en perfeccionarlas á medida de los adorables designios de su sabiduría, un Dios que fuese justo, ni sábio, ni bueno, pudiendo serlo sin providencia, sería un Dios monstruoso é inadmissible. Tal se lo pintan los que creen indiferente á nuestro bienestar ó descuido de lo que pasa en el mundo. Guárdense, pues, para ellos semejante Dios, que nosotros adoramos un Señor infinitamente bueno, poderoso, justo, sábio perfecto.

Mas en tanto que en el siglo futuro desenvuelve la Providencia su magnífico plan, no deja en est

de ostentar las riquezas de su bienhechor dominio, pues si nos ha dado un cuerpo sujeto á muchas necesidades, tambien nos provee de todo lo necesario para remediarlas. Así David en el Salmo IV exclama al considerar la magnífica economía de la Providencia y la distribucion de sus beneficios: *Ha-beis, Señor, hecho nacer la alegría en mi corazon.* Y añade: *han crecido y se han enriquecido con la abundancia de sus frutos, de su trigo, de su vino y de su aceite;* dando á entender con esto que por medio de sus beneficios sensibles hace ella que la reconozcamos, y en las citadas palabras alude á las lluvias vivificantes, á la dulce temperatura que trae la abundancia,

fecundizando el seno de la tierra, al regulado curso de los años y de las estaciones, á las artes diversas, hijas del ingenio, de què nos ha dotado el Hacedor, y á todos los demás beneficios, cuyo concurso es preciso para satisfacer las necesidades del hombre y para regalarle con los ricos dones de la naturaleza. San Pablo insinuaba al Areópago esta misma verdad en términos muy semejantes. Act. 14. 16. Y si hay tiempos en que la divina Providencia se muestra menos liberal, no juzgueis por eso que ni aun entonces nos olvide: solo intenta despertarnos del funestísimo letargo, en que nos hallamos sumergidos, y ponernos en el caso de reclamar su auxilio, haciéndolo-

nos sentir la imperiosa necesidad que de ella tenemos. Cuando el dolor nos estrecha el alma, por un instinto natural se eleva esta á su Dios, implorando su piedad, y en todas sus aflicciones acude á él, aunque habitualmente no le sea devota, ni cumpla su ley santa; y ved aquí una prueba íntima grabada en lo profundo de la naturaleza humana de que existe un centro superior, de donde emanan las disposiciones, que rigen al universo, ó lo que es lo mismo, una Altísima Providencia, que todo lo gobierna.

Con tan indelebles caracteres, es decir, con sus irresistibles vuelos hacia el Único, del cual le viene el socorro, el consuelo y la vida,

escribe eternamente el corazon humano que arriba está su Dios, que á todo provee. Y por eso dijo el Profeta: Señor, la luz de vuestro rostro está grabada sobre nosotros. Y no dijo: se descubre ó ha brillado, sino está grabada cual sello, que puesto en la frente se ostentará á la vista de todos sin que fuera posible ocultarlo. Así la Providencia resplandece y se manifiesta por los gritos de nuestra propia conciencia, y por ese inestimable don de la razon, que nos eleva al conocimiento de Dios, y nos hace distinguir de los bienes falsos y aparentes los sólidos y verdaderos.

Y si un solo hombre es ya un vivo testimonio de que hay en las alturas inaccesibles una providen-

cia augusta; ¡cuánto mas lo será el maravilloso conjunto de todos ellos, que divididos en pueblos y naciones desde el primer día del mundo la vienen confesando y proclamando en la inmensa carrera de los siglos! Ni obsta que muchos se hayan extraviado adorando finjidas divinidades, pues á pesar de tan necias locuras han participado de la creencia de que en una vida futura habia castigos para el crimen y premios para la virtud. Así el unánime consentimiento de todos los pueblos y de todas las edades, y el hecho de haber siempre acudido el humano linaje, por medio de sus plegarias humildes y confiadas, á la divina é inagotable fuente de los beneficios, for-

man un argumento irresistible en favor de la Providencia. Ni es menos persuasivo el que puede sacarse del castigo, que regularmente se sigue al trastorno de las leyes, que aquella tiene establecidas para el buen orden de sus criaturas racionales. El iracundo, el lujurioso, el avaro, el vengativo y el que de su vientre hace un Dios inmundo, hallan en la alteracion de su salud y naturaleza y en el torcedor de su conciencia un suplicio correspondiente á las infracciones de los divinos mandamientos, y con él prueban que no está abandonado al ciego acaso el gobierno del mundo.

Y esas mismas variaciones de

la atmósfera, ora nocivas, ora saludables, las auras apacibles y las desoladoras tempestades, que alternan, así como los frutos de la tierra, ora dulces y nutritivos, ora dañinos y venenosos, los pestíferos pantanos y la limpia corriente de las aguas potables ó de las medicinales, esa sucesion que hay en el hombre de penas y de consuelos, de salud y de enfermedades, de fatiga y de reposo, de infortunios y de prosperidad mas ó menos duradera y completa, ¿no están diciendo con su admirable variedad que son el premio y el castigo, que corresponde á la mezcla de virtudes y vicios del humano linage? ¿No prueban al paso que justifican la Providencia divi-

na? ¿Y quién se atrevería á decir que para una criatura tan imperfecta y degradada cual el hombre en su presente estado no hay sobre la tierra una porcion suficiente de felicidad, aunque mezquina y transitoria? ¿Seria justa la Providencia, si existiendo sobre la tierra tanto número de pecadores, la hiciese un paraíso de delicias como en premio de sus iniquidades? ¿No se diria entonces que dormia en los cielos la justicia divina?

Ni á los justos es menos necesaria la multitud de espinas, que hace molesta y peligrosa la senda de esta vida fugaz. Sin ellas no tendria su virtud una palestra, en que luchar para ser

coronada, su paciencia un ejercicio meritorio, su amor á Dios una prueba, y su constancia y fidelidad dificultades que superar para conseguir el suspirado lauro de la victoria. Sin esas alternativas de dicha y calamidades fácil era que los buenos se adormeciesen en el regazo de la molicie, y dejarán las armas de la fortaleza, y se olvidáran de la celestial patria, á donde deben dirigirse, fijando sus reales en la morada de su peregrinacion. Sí; este mundo, con todo cuanto contiene de penoso ó regalado, no es mas que una tienda de campaña, y en ella la recta razon no debia esperar que la Providencia hubiese puesto la suprema y final ven-

tura reservada á los tabernáculos de la inmovible eternidad. Ella es quien con el cielo y el infierno completará y desplegará á nuestros asombrados ojos el magnífico plan de la Providencia. Sin ella solo vemos los umbrales del templo de su justicia y sabiduría; pero la fe nos introduce en sus alas sublimes hasta lo interior del santuario, donde todo es luz, bondad, amor, justificacion, excelsitud de ciencia y eterno triunfo del ahora incomprensible gobierno de la Divinidad. El día del fin del mundo, cuando todas las cosas lleguen al puerto de la eternidad, á donde Dios las conduce, se verá el profundo saber del piloto, que guiaba la nave del universo.

CAPÍTULO IV

RESPÓNDESE Á LAS OBJECIONES CONTRA LA DIVINA PROVIDENCIA

Á las murmuraciones de los impíos quejumbrosos y de los cristianos desconfiados, ó poco reconocidos á los inmensos beneficios de su bondad, opuso el mismo Dios el augusto dictámen de su excelsa sabiduría. Concluida la grande obra del universo, dió una mirada á todas las cosas, que acababa de ha-

cer, y las aprobó, asegurando que todas ellas eran en extremo buenas. Hé aquí, pues, la sabiduría infinita confundiendo de antemano las quejas y las insolencias de los que hallan que censurar en sus obras admirabilísimas. ¿Y, cuál testimonio comparable con el suyo? Muéstre-nos los títulos de su autoridad científica el hijo del polvo, que se atreve á poner su sacrílega lengua en las maravillas de su Criador. Ayer nació y mañana se esconderá en su tumba. Tiene un día de vida; empléelo en manifestar las riquezas de su saber, y díganos cómo estarían mejor todas las cosas. Pero el Arcángel San Miguel grita en los cielos: «¿quién como Dios? ¿quién como el Altísimo?» Pues si

nadie se le puede comparar en sabiduría y omnipotencia, prevalezca en los siglos de los siglos su infalible juicio. Dios ha dicho que todo está bien; y su palabra debe bastarnos. Confiemos, pues, en ella, y adoremos su Providencia inefable.

Oigamos sin embargo las vanas alegaciones de los insensatos enemigos de la Providencia. Dicen que hay males sobre la tierra, y que la pobreza y las enfermedades son la plaga del hombre. Mas yo niego que semejantes cosas sean un mal, pues acrisolan la virtud y forman el camino que nos conduce al cielo. El pecado es el único mal verdadero. ¿Y quién diría que este ultraje de la Majestad divina viene de ella? ¿Quién lo atribuirá á Dios, si lo

prohíbe y castiga con una eternidad de suplicios? Así, pues, no siendo obra de la Providencia el único mal verdadero, de nada tienen que acusarla sus infelices destructores.

Atrévase algunos á motejar varias de las obras del Todopoderoso, unas como inútiles, y otras como perjudiciales. Empero son dignos de compasion por su ignorancia. El real Profeta les enseña que todo ha sido creado para gloria de su Hacedor; y recorriendo cuanto hay en la naturaleza, fija su atencion particularmente sobre aquellos objetos, que á primera vista parecerian inútiles ó peligrosos, y exclama: *Montañas y colinas, serpientes, dragones, animales fero-*

ces, alabad, bendecid al Señor. Ni es verdad que haya cosa alguna inútil, pues todo sirve para levantar nuestros pensamientos al que lo hizo; y además, no porque sean al hombre desconocidas las virtudes ó utilidades de tales ó cuales cosas, puede asegurar que carece de ellas, pues la experiencia misma nos enseña que con el tiempo se descubren admirables secretos, que hasta las plantas venenosas encierran para provecho nuestro, y de los cuales saca nuestra salud la medicina.

Si hay animales feroces, que son el terror del hombre, en otro tiempo no lo fueron; antes de su pecado le hacían la corte en el paraíso como vasallos suyos dóciles y su-

misos. Pero aun en ellos debemos admirar la bondad de la divina Providencia, que los cria y mantiene lejos, muy lejos de nuestras habitaciones, pueblos y ciudades, señalándoles para morada suya los bosques y los desiertos. Con esta bienhechora disposicion impide el daño, que pudieran hacernos, y nos permite dormir tranquilos sin temer su ferocidad, ni sus garras terribles. El cuidado que tiene de mantenerlos debe tambien sernos una leccion utilísima, que nos haga confiar en que jamás nos faltará la paternal solicitud de su munificencia. Y efectivamente el mismo Señor nos alienta para esperar y confiar en ella, poniéndonos el ejemplo de los pajarillos del aire,

que no siembran, ni cosechan, ni guardan cosa alguna en los graneros, sino que nuestro Padre celestial los alimenta. ¿Y qué no hará con nosotros que somos sus hijos predilectos, mostrándose tan solícito en la manutención y vestido de unos seres de menos valía é importancia? .

Al observar algunos que no habia cabal exactitud en comparar con el hombre á los pajarillos del aire, se han manifestado escasos de buen gusto y faltos del respeto que se debe á la palabra de Dios. Si aquellos obran llevados solo de su natural instinto, nosotros podemos imitarlos con el libre movimiento de nuestra voluntad, no en lo que, como el volar, es propio de.

su naturaleza, sino en lo mas encantador y hermoso de su vida, que es el apacible abandono, con que reposan en brazos de la bondad de su divino Hacedor, sin cuidarse de lo que comerán mañana. Y nosotros que tenemos el mismo Padre celestial que esas inocentes avecillas, debiamos cual ellas no inquietarnos por el dia venidero y confiar mas en aquel Dios amoroso que de conservarnos y mantenernos ha cuidado mas que una madre de los hijos de sus entrañas.

Otro motivo de queja contra la divina Providencia son las aflicciones, que nos envia como azotes de su indignacion justísima. ¿Pero cuándo se ha visto que se vitupere á un padre porque cas-

tiga á su hijo para corregirle? Si no lo hiciera, faltaria á los deberes de padre. Y no sé con qué derecho nos quejamos de Dios cuando nos castiga. Otras veces le acusamos de excesiva indulgencia, si al instante no vibra el rayo de su justicia. Ora nos parece demasiado severo, ora demasiado indulgente. Donoso modo de juzgar al que es océano de sabiduría infinita. El para ejercicio de su justicia tiene la eternidad, y nosotros un solo dia para ser justos. ¿Mas qué sabemos durante este soplo de vida, qué sabemos de los arcanos de la Divinidad? Quisiéramos que castigase al punto á los que usurpan lo que no les corresponde. ¿Y querriámos

que con igual celeridad se vengará de nosotros en el momento en que le ofendemos? ¡Ah! presto olvidemos nuestras propias iniquidades. Además, es un error insigne pretender medir y regular la conducta del Dios altísimo con la pequeña vara, con que los míseros mortales nos medimos unos á otros. De Dios á nosotros, que somos barro vil, hay una distancia infinita, que ningun humano entendimiento puede salvar. Ni está el Señor obligado á poner en juego á un mismo tiempo todos los resortes de su omnipotencia. Bástale descubrirnos de cuando en cuando algunos de ellos. Temeraria locura seria aspirar á tener delante de los ojos

todo el insondable tesoro de su
Providencia. Mas alta es que los
cielos y mas profunda que los
abismos. No obstante, á sus amie-
gos de limpio corazon y humil-
des se complace en descubrirles
algunas de sus adorabilisimas dis-
posiciones; pero resiste á los so-
berbios, los oprime con el peso
de su gloria, los ciega con sus
resplandores, y se oculta al audaz
vuelo de la investigadora impie-
dad, que en vano le desafía.

.. Habia el Señor impreso en el
universo brillantes huellas de su
poder y sabiduría, de modo que
para no verlas era preciso tener
oscurecidos los ojos del alma,
pero muchos los cerraron con
ciega obstinacion, y no reconocia-

ron la maravillosa obra de sus
manos omnipotentes. Algunos se
forjaron en Dios del conjunto de
las materias creadas por el divino
Hacedor, y otros no quisieron
descubrir mas que defectos en
los prodigios de su diestra y los
atribuyeron á un génio maléfico.
Estos y aquellos desvariaron loca-
mente, y en la guerra que se
hacian dejaron vengada á la divi-
na Sabiduría, patentizando la in-
sania de sus propios delirios. La
verdad es que el Señor se pro-
puso en la creación del univer-
so ponerle un sello de grandeza y
magnificencia, que revelase la sa-
biduría de su Hacedor soberano,
y por otra parte dejó algunos
como vacíos ó aparentes faltas en

prueba de que no podría subsistir por sí mismo y de que le sería necesario el concurso de la divina Omnipotencia para su conservación, vida y gobierno.

A algunos de miope entendimiento chocan los desórdenes particulares, que de cuando en cuando se observan en la naturaleza, porque los consideran aisladamente y fuera del magnífico conjunto, cuya armonía constituyen. No reparan en que mientras mayores sean aquellos desórdenes, y mas opuestos entre sí los elementos, de que se compone el mundo, mas pronto debian acarrearle su postrer ruina sino velára por su conservación la vilipendiada Providencia. El oculto lazo, que los

liga y que de su misma oposicion
mutua hace que resulte el orden
constante y magestuoso, que por
do quiera admiramos, es sin duda
una robustísima prueba de aque-
lla augusta, soberana é intelligen-
te Providencia, que lo ha esta-
blecido y conserva sin alteracion
ni menoscabo, en tanto que se
hunden y desaparecen las monar-
quías y colosales imperios mejor
cimentados en autorizadas leyes,
riquezas y poderío.

Pero el principal fundamento de
los ataques á la Providencia son
los desórdenes morales, de que el
mundo está lleno. Es innegable
que los hay. Mas su misma deno-
minacion de desórdenes nos dice
que existe necesariamente una Pro-

videncia, autora del orden, al cual ellos se oponen. Y en efecto, ¿por qué son *desórdenes*? ¿Por qué parecen desórdenes sino porque son contra el orden y repugnan al orden? Ahora bien; ¿qué es ese orden, al cual contradicen, sino la Providencia?

Se insiste en que si hubiese una Providencia no se verían entre los hombres tantas maldades, de que estos se escandalizan. Pero semejante objecion se disipa cual polvo con solo considerar que ese mismo hecho de escandalizarse los hijos del pecador Adan por lo malo que sucede es una prueba auténtica y viva en favor de la Providencia, que no permite que la maldad se entronice impunemente y

tenga la autoridad de reina, sino que
como a infame esclava la señala
con un sello de ignominia, haciendo
que siempre aparezca como un
objeto de horror y de escándalo.

CAPÍTULO V

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO

Veis aquel hombre, que se entrega á todos los excesos de sus pasiones; le oireis echar la culpa á la fatalidad y á no sé qué fuerza superior con que el demonio le arrastra á la depravacion. Dios, el autor de la naturaleza es, segun dice, quien así lo quiere. Y si le hablais de la Providencia y de su bondad esa

equidad, prorumpirá en blasfemias impías, porque no cree en ella y hace alarde de negarla. Pero no temais sus audaces baladronadas; si no se rinde á vuestros razonamientos, habladle con la lógica de los hechos; presentadle el ejemplo de otro hombre justo, que arregla su conducta á las leyes divinas y adora la Providencia. ¿No es ese justo, decidle, hombre como vos, de la misma naturaleza, habitante del mismo globo y compuesto de los mismos elementos, que forman vuestro sér? ¿Por qué pues esa diferencia en la norma de vida? Todo en el justo respira bondad, dulzura, paz y sábio ordenamiento de conciencia y conducta. Y

en vos se advierte en lo exterior la gangrena de vicios, que os corroe el alma, haciéndoos perder la fama y el bienestar. ¿De dónde tal diferencia? ¿No es el mismo vuestro Dios y el de aquel justo? Las fuentes de su misericordia corren para todos; luego el que no bebe en ellas los raudales de la virtud es solo porque abusa de su libre albedrío.

Los buenos son para los malos un venero de gracias, que por medio de ellos quiere la Providencia comunicarles, y por lo mismo permite que vivan juntos á fin de probar á los buenos con la guerra, que les hacen aquellos, y de atraer al camino de la virtud á los perversos con

el luminoso ejemplo de los que observan su santa ley. En este sentido escribia el Apóstol 1.^a Cor. 11. v. 19. que debe haber heregías para que se descubran los que tienen una virtud probada. Si la de Noe nos parece admirable, no es tanto porque era un justo, que fidelísimamente cumplia todos sus deberes, cuanto porque lo era en medio de una generacion muy corrompida. ¡Mucho necesitó esforzarse para resistir al torrente de depravacion que lo arrastraba todo! Ni es menor la ganancia de los pecadores en esa mezcla de buenos y de malos. Los ejemplos de los justos siempre alguna impresion producen en los corazones mas obsti-

nados; son para la maldad un freno que la contiene, una acusacion permanente, un aguijon, por cuyo medio penetra el remordimiento en los pechos culpables, y disminuyen los escándalos, obligando al delincuente á ocultarse en las sombras para cometer su crimen. El justo es para el impío una reconvencion viva de su proceder inícuo, y muchas veces es el principio y la inmediata causa de su conversion.

El tema mas comun de las objeciones, que se hacen á la divina Providencia, es la prosperidad de los malos y el estado afflictivo, en que con frecuencia se ven los buenos. Pero nada la justifica tanto, nada prueba de un modo

mas evidente su bondad, sabiduría y justicia como esas transitorias y fugitivas prosperidades de sus enemigos en esta vida breve y penecedera, porque es preciso que aquí reciban algunas muestras de su bondad infinita aquellos infelices, á quienes su justicia castigará en los años eternos. Así como es propio de esa misma justicia inescrutable el hacer sentir su mano poderosa en su rápido tránsito por este mundo á los justos, que algunas culpas tienen que expiar y que en los cielos gozarán sin término de una felicidad completísima en la abundancia de todos los bienes, y desterrada para siempre hasta la mas tenue sombra de todo mal. ¡Y

quién menos que nosotros los discípulos de Jesucristo debíamos quejarnos de esta admirable conducta de la divina Providencia, pues nuestro adorado Salvador nos la predijo? Así se expresa en el cap. 16. v. 20 del Evangelio de San Juan: *En verdad, en verdad os digo: vosotros os entristecereis y llorareis, y el mundo se regocijará.* Tal es la historia de los siglos todos. Babilonia, que no conocia al verdadero Dios, era rica y prepotente, y Jerusalem lloraba en las cadenas del cautiverio. Lázaro, que ahora está en posesion del reino y de las inmortales delicias de la gloria, cuando peregrinaba por este valle de lágrimas padecía hambre cruel,

y su cuerpo lleno de llagas no hallaba conmiseracion sino en los perros, que se llegaban á lamerle las úlceras. Entretanto el rico Epulon rodeado de numerosa servidumbre comia opíparamente, y se regalaba en medio de la molicie deliciosa. Mas luego cayó en el abismo, y ahora ningun alivio prestan á sus eternos dolores la opulencia y el lujo de que gozó un instante, y de que ahora para siempre está privado. Lázaro por el contrario ahora bendice sus harapos, su hambre y sus llagas, que le han proporcionado una felicidad eterna.

Hombres hay que se lamentan de los rigores de la divina Providencia para con ellos, cre-

yéndolos excesivos, y comparándose con otros, que padecen menos. Esto es querer entrar en los abismos del inescrutable gobierno del Altísimo, atreverse á tomarle cuentas, llevar la audacia de los propios juicios á una altura, á donde no puede llegar humano entendimiento. No, mil veces no. Nuestra pecadora ignorancia no debe escudriñar los arcanos del Eterno. ¿Por qué hemos de fijar á Dios las leyes, con que ha de gobernarnos? ¿Quién nos ha dado autoridad para decirle: de aquí no pasarás en tus pruebas ó castigos? Ciertó que el Señor no está obligado á conducirse con todas sus criaturas racionales del mismo modo; ni se hallan todas en

la misma situacion, aunque sus necesidades sean las mismas, que no todos los enfermos que padecen un mismo mal han menester de idénticos remedios, pues los métodos curativos no son aplicables á todas las naturalezas, y así varían segun las especiales condiciones de los enfermos. Y ved aquí el motivo porque diversifica la Providencia sus pruebas, y á ~~este~~ envia enfermedades prolongadas, á aquel persecuciones infamantes, á unos abisma en la pobreza, á otros humilla con los desprecios, que de ellos hacen sus inferiores ó iguales, y ora arrebatá los hijos al padre, que en ellos tenia su esperanza y consuelo, ora derriba con repentino

golpe al poderoso, que se pavoneaba en la cumbre de esplendorosas dignidades. Lo singular es que todos creen que sus infortunios y padecimientos son mayores que los de los otros. Pero aun suponiendo que todos tuviesen razon al afirmarlo, á cada uno de los que así lo creen se podria decir: ¿juzgais que vuestras penas exceden á las de todo el mundo? Pues felicitaos, porque vuestra esperanza puede estar segura de hallar abierto el seno de la divina misericordia. Cuanto mas se padece se puede merecer mas, y cuanto mayores son las pruebas, son mayores las recompensas, si á ellas nos hacemos acreedores con nuestra humilde pacien-

cia, nuestra resignacion y nuestra filial y amorosa confianza en la bondad de Dios. ¿Quién ha tenido que sufrir mas que San Pablo? ¿Y quién se le ha aventajado en santidad? ¿Quién se imaginará valer mas que él para no pasar por el mismo crisol de duras tribulaciones? Si hay personas, que no se purifican en ellas, no es porque el Señor no lo haya intentado al enviárselas, sino porque ellas no han correspondido á sus adorables designios, recibéndolas sin la debida sumision y sin sacar el fruto, que el Señor se proponia en sus impenetrables consejos.

Frecuentemente levantamos el grito de dolor, quejándonos de la

Providencia cuando nos priva de los bienes, que nos ha dado, y hasta parece que la acusamos de injusta. ¡Ceguera inconcebible! Como si no fuese suyo cuanto poseemos; como si no fuesen suyas cuantas riquezas hayamos recibido de su mano benéfica; como si no estuviese en su arbitrio el recogernos lo que le pertenece y corresponde con toda propiedad. Si tenemos dinero ageno á préstamo, llegado el plazo convenido, se lo devolvemos á su dueño, dándole las gracias; y estamos lejos de pensar que obre mal nuestro acreedor al volver á tomar lo suyo. ¿Y el Señor de todo lo creado no ha de tener por lo menos igual derecho? Ne-

gárselo sería demencia. Job nos enseña que debemos dar gracias á Dios no solo cuando nos enriquece, sino tambien cuando nos despoja: *el Señor me lo dió: el Señor me lo quitó; sea en todos los siglos bendito su santo nombre.* Job. 1. v. 21. Si en la prosperidad y en las adversidades debemos mostrarnos agradecidos á Dios, porque tanto con aquella como con estas nos manifiesta su infinito amor, encaminándolo todo al eterno bien de nuestras almas; nos hacemos altamente criminales, cuando en vez de adorar sus bienhechoras disposiciones, murmuramos de ellas y no las acatamos con la debida sumision.

De las desigualdades, que ve-

mos en este mundo entre pobres y ricos, forman los enemigos de la piedad un argumento especioso en contra de la divina Providencia. Pero si hicieran el debido uso de su razon, advertirian que esa decantada desigualdad es como la base y el vínculo de la sociedad humana. Ella es quien liga los hombres unos con otros, haciendo que se presten mútuos servicios; ella es la madre del trabajo y de la industria; ella quien á los hijos de los pobres destina desde la infancia á aprender un oficio; ella quien levanta las casas y las ciudades con la mano de las clases menesterosas pagadas por los ricos; ella quien desafia las tempestades en las atrevi-

das personas de los marineros, y rompiendo las olas con la frágil quilla, lleva los alimentos y las mercancías á las naciones mas distantes, poniéndolas en estrecha comunicacion unas con otras, y haciendo cosmopolitas los frutos de la tierra. ¿Qué seria de la sociedad si todos los hombres fueran igualmente ricos? No habria quien trabajase, no habria quien se dedicase á ocupaciones mecánicas y laboriosas; los campos estarían sin cultivo, y reinando la ociosidad en las ciudades, el comercio, la industria y todas las artes perecerían. ¿Y aun se acusa á la divina Providencia de no haber enriquecido á todos por igual? Nada prueba tanto su sabiduría y

la eficacia de los resortes, que emplea en el gobierno y conservacion de la sociedad humana, como esa recíproca dependencia, que ha establecido entre los hijos de Adan por medio de las desigualdades de fortuna. El rico para comer, para el laboreo de sus haciendas, para vestirse, para viajar, y en una palabra, para todo necesita del concurso, de la industria y de los buenos oficios de los pobres, y así no vive, ni goza si no los mantiene. ¿Y quién sino la Providencia estrecha ese lazo firmísimo é indisoluble, por medio del cual el pobre vive á expensas del rico y el rico con el sudor del pobre? Motivo era este para alabarla y engrandecerla y

admirarla. Callen, pues, y escondan su audaz frente en el polvo sus nécios detractores.

Si bien se considera, la mencionada desigualdad en nada afecta los principales intereses del hombre. Lo que mas importa á su mantenimiento, á sus mejores goces y á la conservacion de su vida y salud es comun á todos los habitantes del globo. Para todos brilla el sol, su luz vivifica y su calor son para todos. El aire no está encerrado en los palacios de los poderosos. El fuego no es propiedad exclusiva de los opulentos. La salud y las fuerzas escasean menos entre los pobres. Dios y todos los beneficios de su santísima religion son para todos.

¿Por ventura se ha prometido el cielo á los ricos? ¿No son los pobres los predilectos del Altísimo? ¿Pues á qué se reducen las quejas y murmuraciones sobre una desigualdad, que á nadie priva de los verdaderos bienes y de todo lo necesario á la vida y á la consecucion de la felicidad eterna?

Aun entre las miserias de esta region de infortunio cabe á los pobres la mejor parte, pues las riquezas muchas veces estragan la salud con el excesivo regalo y con la misma abundancia de los manjares y de los vinos, de los cuales se hallan sus poseedores en ocasion continua de abusar con grave daño suyo muy lastimosa-

mente. Por el contrario, la comida frugal del pobre le preserva de nocivos excesos, y su pobreza es guardadora de su salud y conservadora de su complexion robusta. A nadie falta el agua refrigerante, que no es peligrosa cual los licores de las mesas de los potentados, y Dios la ha puesto y la hace correr en montes y colinas, en valles y prados, en campos y aldeas para que todos sin excepcion alguna apaguen su sed y se saboreen con su esquisita frescura. ¿Pues qué diré del sueño reparador de las fuerzas y adormecedor de los cuidados punzantes? Mas pronto llega á los párpados del pobre fatigado. ¡Oh cuántas veces vela el rico

en un lecho de dolores, mientras el jornalero duermé plácidamente! No sé en verdad adonde están los priyilegios de los señores de la tierra cuando sus inferiores son con tanta frecuencia mas felices que ellos, y no veo por qué haya de acusarse á la divina Providencia por una desigualdad, que tantas compensaciones ofrece al pobre cuantos son los cuidados, que del oro nacen como de una venénosa fuentes

CAPÍTULO VI

SE VENDICA A LA DIVINA PROVIDENCIA

La impunidad, de que el criminal hace muchas veces un vano alarde, da lugar á que se murmure de la Providencia. ¡Torpe engaño! Jamás la divina Justicia deja sin castigo el crimen. Si no se venga siempre en la vida presente es porque reserva su formidable venganza para la eternidad. Os quejais de las plagas,

que siembran desolacion en campos y ciudades, de la enfermedad, que lentamente consume los principios de la vida y anticipa la vejez dolorosa, de las desgracias inesperadas, de los reverses ruidosos, que desde la cumbre de la opulencia precipitan en un abismo de miseria; pues creed que todas esas calamidades y atormentadores infortunios son otros tantos golpes de la justicia celestial. El pecado quien los ha provocado; el pecado quien concita las iras del Eterno; el pecado padre de todos los males, que afligen á la sociedad. El vicio considerado en general tarde ó temprano sufre el castigo que merece, y cuando del cielo lo ve-

mos descender cual nube fulminante sobre un pueblo prevaricador ó sobre un potentado culpable, reconocemos la justicia, con que Dios lo envia y la admirable proporcion que guarda con los delitos, que lo han llamado de lo alto. ¿Y nuestra vida se halla libre de esos merecidos castigos? ¡Oh cuántas veces hemos expiado nuestras culpas! ¡Oh cuántas veces hemos sentido la pesada mano del Señor, que nos corrige por esta ó aquella falta! Ni han quedado sin premio nuestras acciones virtuosas.

Lease la historia, y se hallarán en ella magníficos y aterradores ejemplos de las justicias del Todopoderoso. Tal es el ór-

den de su Providencia. Pero estas leyes son generales, y tienen sus excepciones, en las cuales resplandece portentosamente la profunda sabiduría del Legislador supremo, que con ellas enseña que hay otra vida, en que el inocente oprimido recibirá coronas, y el criminal impune sobre la tierra hallará los castigos merecidos por sus maldades.

No os turbeis por lo que pasa en esta region de mero tránsito. Nadie es verdaderamente dichoso ni infeliz hasta que se pronuncie la sentencia sobre su eterna suerte allá en el tribunal divino, que está al otro lado de su tumba. Todos los dias se tienden asechanzas, se asalta á los via-

jeros, y se violan las casas, el
lecho conyugal y hasta los se-
pulcros para despojar á los di-
funtos. Prodigiosa actividad tie-
nen en manos de los asesinos
los venenos y los puñales. Pero
no es justo echar al juez la culpa
de todos estos crímenes. Se le po-
dría reconvenir si cuando está sen-
tado en su tribunal absolviese al
ladron y al asesino, y condena-
se á sus víctimas. Mas antes que
las partes hayan sido llamadas á
juicio, no cabe injusticia en un
magistrado, que aun no ha abierto
el proceso, seguido la causa y
mucho menos pronunciado el fallo.
Pues en este caso se halla el di-
vino Juez respecto de los que aun
no hemos comparecido en su rec-

Altísimo tribunal para escuchar la sentencia de nuestra salvación ó condenación eterna.

Pero los hombres se lamentan de que cometido el delito no le siga inmediatamente el condigno castigo. Y apenas es posible comprender cómo piensan y se expresan de tal suerte los que tanto interés tienen en que el Señor no se muestre rigoroso, ni acelere sus venganzas. ¿Pues quién podrá no temerlas? ¿Quién está del todo limpio de culpa? ¿Quién resplandece con tan pura inocencia que no merezca alguna reprensión, ó algun castigo? ¡Ah! Lejos de censurar con procaz lengua la dilación de los castigos del Altísimo, como tan interesados en ella,

deberíamos admirar y bendecir noche y día su bondad infinita con el corazón abrasado en llamas de gratitud y con el alma toda embebecida en su celestial amor. ¿Qué fuera de nosotros si Dios nos castigara luego que le ofendemos? Reconozcamos pues y alabemos su misericordia, y no queramos para nuestros hermanos lo que no quisiéramos para nosotros. Si Dios es infinitamente piadoso, y en su piedad está cifrada nuestra dicha, séalo enhorabuena para todos, pues si somos frágiles y miserables, y por ello nos reputamos dignos de compasión, también los otros pecadores son de nuestra misma naturaleza caediza y deleznable. ¿Y qué agravio nos

hace el Todopoderoso en sufrir-
los el brevísimo tiempo de su
vida caduca y voladora? ¿Ni qué
envidia merecen unos seres, que
si hoy nadan en delicias, mañana
arderán eternamente? ¿No está ya
abierto bajo sus plantas la tumba,
en que la muerte ha de precipitarlos
despojados de toda su
opulencia? ¡Ay cuán triste y cuán
terrible cosa será dejar al borde
del sepulcro los inícuos gocees,
que hacían regalada su vida pe-
cadora, y los mandos y los ho-
norès y el esplendor y la pom-
pa y los parasitos y la lisonjera
adulacion y el embriagador incien-
so de sus palacios, y caer de
pronto desnudos de todo bien en
las insondables profundidades de

un infortunio inmenso! ¡Ved aquí lo que parece que se envidia al impío, que vemos elevado á la cumbre de las grandezas humanas!

Acordémonos que el Rey salmista dice: no temais al ver á un hombre enriquecido, y su casa llena de gloria; porque cuando muera, ninguno de sus bienes se llevará consigo, y no bajará con él su gloria. Ps. 48. v. 17. Ni olvidemos aquello de Isaías: toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo. Isaías. 40. v. 6. Esto mismo nos enseña la experiencia de todos los días, y Job lo espresa con su acostumbrada energía: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo bajaré al sepulcro. Job. 1. 21.

Y San Pablo: nada hemos traído á este mundo, y nada hemos de sacar de él. 1.^a Tim. 6. v. 7. Ciertó que no debían ocuparnos tanto cosas que tan poco duran, ni debíamos dar tal importancia á lo que pasa como leve sombra, y mucho menos acusar por su repartición momentánea á la divina Providencia, que para el justo reserva bienes infinitos y sempiternos, y para el obstinado pecador una inmensa desventura, que jamás ha de acabarse.

CAPÍTULO VII

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO

Dice el blasfemo atrevimiento del impío: ¿por qué Dios ha hecho malo al hombre?—Yo niego este principio. No, no es cierto que Dios haya hecho malo al hombre, pues si así fuese no le castigaria.—¿Y cómo se explica que sea malo?—Se hace tal por su culpa. Sí, por su propia culpa. Teneis la prueba de esta verdad en vuestra

misma conciencia. Si los malos no lo fuesen, por su culpa, ¿con qué derecho castigariais á vuestro esclavo cuando comete alguna falta? ¿Con qué derecho juzgariais que obra mal vuestra esposa, ó vuestro hijo cuando olvidan cumplir con sus deberes? Si obran de esa suerte necesariamente, no deberiais reprenderlos, ni vituperar sus acciones, sino antes bien compadecerlos.— Yo no puedo ponerme á la altura de tan elevada filosofía.— La reducís diariamente á la práctica. Y si no, decidme: ¿cuando vuestro esclavo no cumple vuestras órdenes por estar enfermo, no os compadeceis de él, lejos de reprenderle? Reconoceis, pues,

que hay faltas, que de él dependen, y faltas, que no están en su mano el evitar. Según este principio, si se os demostrase que el hombre es malo por naturaleza y que solo peca por necesidad, le excusaríais, ni tendríais por qué vituperarle. Y en verdad que si á vuestro esclavo excusais por estar enfermo, con igual indulgencia debíais mirar al malvado, que lo fuese porque Dios lo habia hecho tal.

Tiene la verdad en su favor muchos otros argumentos, que podrían emplearse con una fuerza irresistible. Mas no quiero salir de algunos ejemplos familiares, y así os pregunto: ¿Creeis culpable á vuestro esclavo porque no

tiene hermosa cara, ó elevada estatura, ó la ligereza del ciervo en la carrera? No ciertamente, porque todo esto es debido á la naturaleza, y los defectos naturales jamás se han tenido por crímenes. Pero cuando vituperáis una acción cualquiera, en el mero hecho de vituperarla dais á entender que no la imputais á la naturaleza, sino solo á la voluntad. ¡Ah! Cuando conviene, bien sabeis distinguir esta de aquella, y hacer á una y otra la debida justicia.

Decidme: ¿no es Dios quien ha creado á todos los hombres? —No hay duda en esto.—¿Por qué, pues, no son todos igualmente buenos ó igualmente malos? ¿De dónde nace que unos sean virtuosos, y

otros viciosos y perversos? Si proviene de la naturaleza y no de la voluntad, ¿por qué los unos obran el bien y los otros el mal? Si fueran los hombres naturalmente malos, se parecerían todos unos á otros, y entre ellos no podría hallarse uno solo bueno. Y si naturalmente fueran buenos, el género humano no podría ofrecer el degradante espectáculo de los malos, que á él pertenecen y son su baldon y su ignominia. Si la naturaleza es una misma en todos los hombres, unas mismas deberían ser en todos las inclinaciones, y no malas en estos y buenas en aquellos. Si se dice que los unos son naturalmente buenos, y los otros naturalmente malos (lo que es imposible

sostener, como acaba de probarse) nunca deberían cambiar estas cualidades en los que las hubiesen recibido de la naturaleza, puesto que la naturaleza no se muda. Así por ejemplo, todos los hombres son mortales y pasibles; y nadie, por mas que haga, podrá volverse impasible é inmortal. Por el contrario, vemos que muchos pasan del vicio á la virtud y de la virtud al vicio; luego las cualidades de virtuoso, ó vicioso no son inherentes á su naturaleza, pues ninguna cualidad natural es susceptible de cambio, ni puede adquirirse con la mas viva solícitud y constantísima fatiga. Y al modo que para ver y oír no necesitamos hacer esfuerzo alguno, así practicaríamos la vir-

tud sin ningun trabajo, si fuésemos naturalmente virtuosos. Por otra parte, ¿con qué fin hubiera Dios creado malos á todos los hombres, pudiendo haberlos hecho buenos á todos? Pero además se opone á su misma divina esencia, que es bondad infinita y santísimo abismo de adorables perfecciones, el suponer que los hubiese creado malos.

¿Cuál será pues la causa del mal?... Preguntáoslo á vos mismo. En cuanto á mí, me basta haber probado que no viene de Dios, ni de la naturaleza.—Pues le habrá traído al mundo el acaso.—El acaso es una palabra, que carece de sentido—¿Habremos, pues, de convenir en que el mal es una cosa, que no tiene principio ni causa?—

Dios nos libre de un pensamiento tan extravagante, que haria á la maldad igual á Dios, en cierto modo, elevándola á un rango, que únicamente corresponde á la Divinidad. Si como esta no tuviese principio ni causa, tendria el mal una fuerza superior á todo lo criado, sin que poder alguno fuese capaz de aniquilarlo ó alterarlo, porque es evidente que no puede dejar de existir lo que no tiene principio. Y si el genio del mal fuese tan poderoso, ¿cómo habria en el mundo tantos hombres virtuosos? ¿Cómo podrian débiles criaturas sobreponerse á un sér fortísimo, á quien supondriamos inmortal é increado? El maniqueo nos dice que Dios le destruiria. ¿Pero cómo habia de ani-

quilar lo que como él no tiene principio y goza de los mismos privilegios y de la misma omnipotencia? ¡Execrable doctrina, solo digna de los infiernos, de donde salió! ¡Cadena odiosa de blasfemias, que bajo el pretexto de honrar á Dios le ultrajan con insolencia impía! Porque conocen que no puede el mal tener por principio á Dios, han inventado la insensata opinion de que no tiene principio.

¿Pues de dónde proviene el mal? De que nosotros queremos ó no queremos. Y el acto de querer ó no querer nace de nosotros mismos, de nuestra voluntad. Empero el único mal que hay en el universo es el desobedecer á Dios. Y como para esto es libre el hombre, incur-

re en él usando infaustamente de su libertad, como lo hicieron Adán y Eva en el paraíso, prefiriendo las insinuaciones del enemigo infernal á los bienhechores mandatos del Altísimo.

La Escritura nos enseña que los males físicos fueron una consecuencia del mal moral, ó sea de la culpa de origen: desde entonces se pobló el mundo de calamidades, y la tierra se convirtió en una morada de infortunio. Hé aquí por qué padecen todos los hombres, por el pecado original, que todos cometieron en Adán, en quien estaban encerrados de un modo tan positivo como misterioso. Pero no es verdad que en la herencia de los males toque al justo igual porción

que al de vida relajada: este sabe que tiene en Dios un juez airado, mientras aquel le reconoce por padre y confía en su bondad inmensa; este siente su conciencia destrozada por el aguijón del remordimiento, mientras aquel goza en ella de una paz dulcísima y deliciosa; este se ve hecho presa del dragón infernal, que domina y agita su alma como un feroz tirano; mientras aquel posee el inestimable tesoro de la gracia divina, que es el mayor de los bienes y segurísima prenda de la gloria y de la felicidad eterna. ¿Qué mas dichas se quieren para el justo, y qué mas desgracias para el pecador? Por ser ocultas y radicar en lo íntimo del alma, ¿dejarán de atormentarle horriblemente? Por no

estar manifestas á los ojos ajenos, ¿dejan de ser un infortunio imponderable? Por hallarse esas grandes y escondidas miserias juntas al vanísimo oropel de las prosperidades mundanas, ¿pierden su esencia, desaparecen, ó al menos se disminuyen? No. Lo que hacen es mezclar su mortífero acíbar á los fugitivos placeres de los malos. La conciencia los persigue día y noche hasta sobre los tronos mas encumbrados.

Hé aquí diferencias entre el justo y el pecador, que los buenos deberían tener presentes para no quejarse nunca de los trabajos, que el Señor les envía, y para enmudecer los miserables acusadores de la Providencia augusta. Sí; la Pro-

videncia tiene aun en esta vida secretos é inefables premios para las almas puras, y ocultos y terribles castigos para las criminales. Unas y otras lo saben por experiencia propia. Y con tales bienes interiores, ¡cuánto no se atenuan las penalidades del justo! ¡Oh cuánto se consuela con ellos! ¡Oh qué delicias gusta en lo profundo de su tranquilo é inmaculado corazon, delicias que en mucho exceden á sus padecimientos exteriores! ¿Y qué vale la falsa prosperidad del impío sin la paz del alma y sin la amistad de Dios? ¿Qué valen las riquezas y los honores pomposos sin la preciosa joya de la divina gracia? Pues ved ahí al hombre rico y peca-

dor pobre en lo que mas importa, infeliz en lo mas esencial y con solo apariencias de bienes ilusorios!

Pero no transijamos demasiado con las vulgares y repetidas objeciones, que se hacen á la Providencia, aunque podamos disiparlas cual humo con sólidas razones. Ya que hemos respondido victoriosamente á ese supuesto escándalo de los siglos, que á la infinita sabiduría no perdona las aflicciones de los buenos, ni las prosperidades de los malvados, levantemos la voz para que no campee tan libre la insolencia, para reprimir la audacia y atajar á la mentira en su triunfal carrera. No es cierto, no, que todos los justos sean atribulados en esta vida; los

hay que gozan de los halagos de la fortuna; los hay que brillan en las primeras dignidades; los hay que disfrutan de una salud completa y vigorosa; los hay que ostentan unidos en su persona los muchos beneficios, que entre varios suele distribuir la Providencia. No es cierto, no, que los impíos siempre se vean favorecidos por la naturaleza, ó por el mundo. También gimen, también lloran, también padecen muchos de ellos innumerables penas y trabajos. Que no reserve Dios para la otra vida todos sus premios y castigos, nos lo atestigua la historia, la cual enseña que aun en este mundo suele mostrarse equitativa y justiciara la ordenadora Providencia.

CAPÍTULO VIII

CONSIDERACIONES SOBRE EL CARÁCTER, CONDUCTA Y SECRETOS DE LA PROVI- DENCIA

Si el beneficio de la presente vida y cuanto para su conservacion y regalo nos ha dado el Todopoderoso, nos impulsan á reconocer su augusta y amable Providencia, mucho mas debe mover nuestros corazones á someterse humildemente á ella la esperanza de los

futuros bienes, que nos promete, porque á todos los terrenos son incomparablemente preferibles por su excelencia y su duracion inmortal. Seria locura decir que solo viven en la region de la esperanza, y que no se descubren aquí abajo. ¡Ah! La esperanza apoyada en el sólido fundamento de la fe nos los revela y manifiesta tan positivamente como vemos y disfrutamos los que este mundo ofrece. Sale garante de su certeza la infalibilidad del mismo Dios. ¡Mas por qué no son tambien herencia nuestra en esta vida? Porque la otra será el tiempo de las coronas y de los magníficos galardones, y esta es la época de los combates y de las pruebas. ¡Pero

cuán bienhechora, cuán dulce y generosa se ostenta la Providencia divina en semejante distribución! Limita los trabajos y las penosas pruebas al estrecho círculo de esta vida brevísima y fugitiva, y reserva el premio y la corona á la que jamás ha de acabarse. Mas no siempre guarda para el cielo las recompensas, que tambien en el presente siglo suele darlas á aquellos, cuya flaqueza considera menesterosa de esta clase de auxilios. Así lo hizo con el pueblo judío. Los profetas le prometian á su nombre, siempre que le fuese fiel, riquezas, prosperidades, victorias, paz, gloria, feliz éxito en sus empresas, posteridad numerosa, y en una palabra, todos aquellos bienes, en que se

hace consistir la dicha de este mundo.

Pero despues que el divino Salvador nos enseñó su celestial doctrina, y nos hizo ver que los bienes de la tierra solo eran dignos de fuga y menosprecio, y que debiamos aspirar á los eternos, ya no se conduce la Providencia con los cristianos qual con niños, á quienes es preciso halagar y darles los juguetes que piden para su entretenimiento. Nuestros deseos deben volar mas arriba, aspirando á una felicidad eterna. Los discípulos de la cruz, no pertenecemos á la infancia del humano linaje, que allá en su tiempo pudo contentarse con lo caduco y terrenal, que á nosotros nos toca mirar como un juguete impro-

pio de la edad viril, ó para expresarme sin metáforas, de la perfección cristiana, á que nos llama la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Reservemos, pues, nuestros afectos para esos otros sublimísimos bienes, que no se hallan expuestos á contratiempos, ni pasan cual sombra leve. Sin embargo, como la Providencia sabe que nuestros mezquinos cuerpos han menester de cosas terrenales, cuida de proveernos de ellas, cual madre diligente del alimento y vestido de sus tiernas y amadas hijas.

Pero observemos que la Providencia en la ley de gracia, en que felizmente vivimos, se ha hecho mas pródiga de aquella especie de bienes, que lo son verdaderamente

en todo tiempo y lugar; cual por ejemplo la paciencia, la mansedumbre, la fortaleza, la prudencia, la humildad y las demás virtudes, con que se merece el reino de los cielos. Tambien hay males, que lo son constantemente, como la ira, la intemperancia, la pereza, la avaricia, la lujuria y todas las demás pasiones pecaminosas, todos los vicios degradantes, y todo lo que prohíben la razon y la ley santa del Señor. Esto no cambia de naturaleza, y no lo envia la Providencia, que tan generosa se muestra en dar los bienes que lo son siempre.

Mas aun hay otro género de cosas, que por sí mismas no son buenas, ni malas, y que se convierten

en buenas ó malas por el uso que hacen de ellas los descendientes de Adán. A convertirlas en buenas coopera la Providencia, y prohíbe que el hombre las convierta en malas por su mal uso. Veámoslo con mas claridad en un pasaje de la historia sagrada. Habíase el pueblo judío abandonado á toda especie de prevaricaciones: á la voz del profeta Elias bajan del cielo las plagas de la sequía, del hambre y de la pobreza: vuélvese el pueblo á su Dios: aquellos mismos adoradores de ídolos, que sacrificaban á Baal sus hijos, acaban con los sacerdotes de los falsos dioses: ya no se oyen quejas, ni blasfemias: el hambre los ha mudado, y las horribles plagas se han convertido en

beneficios. Y ese mismo pueblo, que mientras gozó de libertad fué con frecuencia objeto de las enérgicas reprensiones de los profetas, porque infringia los mandamientos del Señor, y á ejemplo de las naciones incircuncisas se precipitaba en las abominaciones de la idolatría, luego que se vió cautivo en Babilonia, varió tanto en su conducta religiosa que escrupulizó cantar los cánticos de Sion, porque le estaba vedado entonarlos en tierra extraña. Y ved aquí cómo el cautiverio fué para él un bien inmenso, siendo de suyo indiferente, y hallándose vestido de todas las apariencias de un grave mal. A este género de males puramente accidentales aludia el profeta Isaías al

decir que Dios es el único que creó la luz y las tinieblas, el único que hace la paz y los males. Pero mejor deberían llamarse bienes unos males enviados por el Señor con fines amorosos y misericordiosos, para que nunca olvidemos que en todo dependemos de su omnipotencia, la cual desde abismos de amargura y tinieblas levanta muchas veces al hombre á esplendorosas cumbres de gloria y felicidad, y para que aprendamos á entregarnos á su Providencia con entera y filial confianza en medio de los mayores peligros y aun cuando humanamente nada haya que esperar, pues jamás permitirá que sea confundido quien le encomienda su salud y su vida.

No tembleis, pues, cuando lle-

guen á visitaros esos males, que vienen de la mano de Dios; acordaos que los ha prometido á los suyos, y que colma de ellos á sus mas fieles siervos mientras son moradores de esta region de espinas. Así se cumple la prediccion del infalible Redentor, que dijo á sus discipulos: Estareis tristes y llorareis, y el mundo se regocijará. Joan. 16. v. 20. Todos los siglos atestiguan el cumplimiento de esta promesa, contándonos en sus historias que han visto ricos de tribulaciones á los justos. El Señor es fiel á su palabra, y por lo mismo del propio modo se cumplirán en los cielos sus promesas de inefable y eterna bienaventuranza.

Entretanto, es necesario que la

justicia divina castigue el pecado, autor de todos los males, que afligen á la sociedad humana. La maldad en general tarde ó temprano experimenta y sufre el castigo que merece, castigo siempre justo y admirablemente proporcionado á las culpas y delitos, que han de expiarse. El Altísimo lo tiene así dispuesto: quiere que los hombres de todas las edades graben en su memoria y corazon esa leccion moral, que les da la experiencia. Examinad detenidamente vuestra vida pasada, y hallareis que cuanto bueno hicisteis recibió su premio mas ó menos inmediato, ó mas ó menos lejano, mas ó menos visible, bajo esta ó aquella forma, y que tambien tuvieron su correspondiente

castigo todos vuestros extravíos. Leed la historia con la observadora meditacion con que debe leerse, y descubrireis muchedumbre de ejemplos, de premios y castigos tan maravillosos como los de Aman y Mardoqueo. Mas esta ley es general y no absoluta, y en esto resplandece de una manera muy particular la divina sabiduría del Legislador supremo, á quien plugo que en todo tiempo tuviese sus excepciones esa augusta y formidable ley de la expiacion, á fin de presentar á todos los siglos una prueba evidente de que existe otra vida, en que será castigado el criminal, que no lo haya sido en esta, y en que el inocente oprimido hallará recompensas muy su-

periores á sus méritos y padecimientos.

Empero nuestra débil razon no tiene alas para subir á preguntar á Dios cuándo y cómo castiga aquí, y á quiénes reserva para la otra vida los premios y recompensas; se perderia en este abismo de los secretos del Altísimo si se atreviese á penetrar en él. Efecto es de la sabiduría y providencia de Dios el ocultarnos las causas de la mayor parte de los acontecimientos que presenciarnos. Si tuviésemos siempre un conocimiento claro de sus designios y de sus admirables resortes, nuestra obediencia careceria de mérito y no se pondria á prueba nuestra fidelidad; en tanto que sometiéndonos á todas y á

cada una de sus adorables disposiciones como hijos dóciles y amorosos, aun cuando nos deje en la mayor oscuridad, nuestra resignación nos será fecunda fuente de beneficios. Debemos, sí, estar íntimamente persuadidos de que Dios en cuanto hace respecto de nosotros quiere y solicita nuestro bien: el cómo y por qué medios, dejémoslo á su sapientísima Providencia, y no nos pese de nuestra ignorancia. No nos es posible ni útil conocerlos, y acaso nos seria perjudicial, exponiéndonos al peligro de caer en el precipicio de la soberbia.

Frecuentemente observamos con nuestros pequeñuelos hijos una conducta contraria en la aparien-

cia á sus intereses, aunque solo atendamos á su provecho y adelantamiento, y no piensan ellos en preguntarnos la causa, ni nosotros en darles cuenta del móvil de nuestro proceder. Lo único que les inculcamos es que deben obedecer á sus padres en todo cuanto les manden, sin averiguar lo que motiva sus órdenes. Si tanto respetamos á nuestros padres, que son de la misma naturaleza que nosotros; ¡qué inconsecuencia atreverse á interrogar á Dios, y quejarnos de la ignorancia en que nos deja de muchos de sus secretos, siendo así que la alteza de la Majestad Divina dista infinito de la bajeza nuestra! ¡No es una verdadera impiedad, contra la cual justamente clama el Apóstol

de las gentes diciendo: quién eres, hijo de Adán, para disputar con tu Dios? ¿Dice la vasija á quien la ha hecho: por qué me hiciste de este modo? Rom. 9. v. 20. Yo no os ofrecia mas que el ejemplo de los niños en sus relaciones con sus padres; algo mas adelanta San Pablo: esa argilla trabajada por la mano del alfarero, se presta á todas las formas que se la quiere dar, fiel imagen de las disposiciones que debemos tener en orden al supremo dominio, que Dios ejerce sobre nosotros.

Si teneis tan vivo anhelo por lograr el conocimiento de los misterios de la Providencia, esperad al menos la conclusion, aguardad á que llegue el tiempo del desenlace,

y no entreis de pronto en las inquietudes alarmantes de la zozobra y de la desfallecida desconfianza. Introducidos en una fábrica, y veréis las manufacturas á medio hacer cuán distantes se hallan de la belleza y perfeccion, con que despues han de presentarse al público. Del propio modo me figuro á un hombre, que habiendo nacido en una isla inculta, y no conociendo mas que el mar, ninguna idea tuviese del modo de sembrar la tierra; trasportadle al continente, y que allí vea á un labrador sacar de sus graneros el trigo, que en ellos encerraba con muchas precauciones para preservarlo de la humedad, llevarlo al campo y arrojarlo y extenderlo y abandonarlo, y no

cuidarse de si está expuesto á humedecerse, cubrirle de abonos y dejarle á merced de los ladrones. Lo primero que se le ocurra, ¿no será que este labrador es un insensato, que quiere perder sus granos? ¿Y quién tendria razon, el labrador ó el ignorante isleño, para quien es desconocido todo aquello? Aguarde al verano, vuelva á ver las espigas ondulantes, que parece están pidiendo la hoz de los segadores, y admirará aquel trigo arrojado al acaso, abandonado, corrompido, podrido debajo de la tierra, ya resucitado, multiplicado con asombrosa fecundidad, que se levanta vigoroso sosteniéndose majestuosamente, y que despues de haber regocijado á su dueño, será el ali-

mento del hombre y la riqueza del
labrador. ¿Y cuál no será su asom-
bro al convencerse de que lo que
él llamaba pérdida y ruina, fué el
principio de la maravillosa produc-
cion, que está viendo con sus pro-
pios ojos? De tal suerte debemos
no precipitarnos en nuestros juicios
acerca de las obras del Altísimo;
esperemos el tiempo de la cose-
cha; dejemos obrar á Dios, que
es quien cultiva el universo y la-
bra nuestras almas. Pero por este
desenlace, que hemos de aguardar
con tranquila y resignada confianza
en la adorable Providencia, no ha
de entenderse solo del que al últi-
mo ofrecen las cosas de la presen-
te vida, aunque con frecuencia se
esclarecen y disipan desde ahora

nuestras dudas, viendo el término de la cadena de los acontecimientos, sino sobre todo del que está reservado á la eternidad. En uno y otro término dirige el Señor todas las cosas á nuestra salvacion, y á pesar de que la economía del gobierno temporal se distingue de la economía de la predestinacion eterna, una y otra se reunen en un mismo punto, que es el sublime y único blanco de las miras de Dios, qual en este mundo se succden las estaciones concurriendo todas ellas á un mismo fin y dando por resultado las nuevas galas, de que todos los años se reviste la tierra rejuvenecida, y los maduros frutos, que salen de sus fecundas entrañas.

Calle, pues, la desmedida auda-

cia de los mortales, que pretende inquirir las profundidades de los consejos del Excelso. ¿Cómo el hombre que es barro, polvo, y ceniza, humo vano, y débil flor de ténue yerba, que se marchita en un soplo, se medirá en ciencia con su Dios, que por su misma esencia es inmensidad de sabiduría, é inmensidad de perfecciones infinitas? ¿Cómo querrá sorprender los inefables secretos del Rey de reyes, que no tuvo principio, ni tendrá fin, y ante quien mudas de asombro se prosternan las puras, las invisibles, las sublimes, las espirituales inteligencias y altísimas virtudes de los cielos?

CAPÍTULO IX

CONSEJOS ACERCA DE LA DIVINA PRO- VIDENCIA

Si entre los fenómenos que os rodean, hay algunos que no entendéis, tomad de ellos ocasion para glorificar á vuestro soberano Criador, cuya sabiduría es tan superior é incomprensible á vuestro entendimiento. Y no digais: ¿por qué así? ¿De qué sirve esto? Creed que tiene su utilidad, aunque no la con-

cibais. Si hay cosas, cuyo uso os es desconocido, existen ciertamente otras muchas, cuyos beneficios no ignorais. No ha permitido en esta vida la divina sabiduría ni que absolutamente se ignoren todos sus secretos, á fin de manifestaros su Providencia, ni que todos ellos sean conocidos para que el hombre no se ensoberbezca. Lisonjando el demonio á nuestros primeros padres con la promesa de que lo sabrían todo, no hizo mas que quitarles aquella porción de ciencia, que ya poseían. No queráis, pues, penetrar lo que no alcanzáis, no hagáis esfuerzos por sondear abismos. Limitaos á lo que se os ha descubierto, ya que la mayor parte de las obras de Dios se ha-

llan envueltas en tinieblas. Ni debéis á la razon del hombre el conocimiento de lo que os ha sido revelado: menester fué que el mismo Dios nos lo enseñase.

Si como á algunos insensatos se os ocurre la idea de que inútilmente creó el Señor las yerbas silvestres, las víboras, los reptiles y los animales feroces, y que el universo estaria mejor sin ellos; tened por seguro que os equivocais grandemente, porque el Hacedor divino despues de concluidas sus creaciones, las aprobó todas, y con su infinita sabiduría descubrió que todas ellas eran excelentes, como leemos en el capítulo primero del Génesis: *Et erant valde bona*. Además, no porque ignoreis las utili-

dades de tal árbol ó de tal planta, habéis de juzgar que ninguna tienen, pues vuestra ignorancia no es suficiente prueba de su ningún provecho, pudiendo servir sobremanera para cosas que no alcanzáis. ¿Y qué habrá sobre la tierra que no esté hablando de la divina Omnipotencia? ¿Qué habrá que no publique la gloria de su Criador? ¿Qué habrá que á su modo no nos incite á levantar á Dios el alma y el pensamiento, á confesar su grandeza y á cantar sus alabanzas?

Reconoced, pues, en todo lo creado las infinitas riquezas del Señor. El espectáculo del universo os eleve á él continuamente, haciéndoos admirar sus bellezas y obligándoos á confesar nuestra ab-

soluta dependencia y el humildísimo vasallaje que le debemos. Él es el único, de quien puede decirse con entera verdad que de nada necesita, que de nadie depende, como Autor de todos los bienes, que ninguna resistencia halla á su voluntad, y que llena los cielos y la tierra. Asi cantaba el profeta David: he dicho á mi Señor: vos sois mi Dios, porque ninguna necesidad teneis de mis bienes. Y San Pablo; Dios que ha hecho el mundo y cuanto en él se encuentra, siendo Señor de cielos y tierra, no ha menester de ninguna de sus criaturas, pues él es quien á todos da la vida, la respiracion y todo cuanto poseen.

Si alguna vez observais que hay

impíos en la apatencia constantemente felices, ú hombres virtuosos, cuya vida es interminable cadena de infortunios, no os sorprendais, y de ningún modo os desaniméis. Nos son desconocidos los resortes de la Providencia, y de aquí nuestra sorpresa y asombro. Acor-daos, pues, que sabeis menos que ella, y por lo mismo acatando sus adorables disposiciones, dejadla obrar, sin perder nunca de vista que en ellas se encierran misterios y divinos tesoros de justicia, sabiduría y bondad infinita. Y si el Apóstol, que fué arrebatado al tercer cielo, se detuvo respetuosamente á la orilla de ese inmenso océano de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, sino

hizo mas que manifestarnos su admiracion y enmudecer de asombro ¿qué sacaríamos nosotros de nuestras vanas y temerarias cavilaciones? ¿De qué nos serviría la insensata curiosidad, que en alas de una loca audacia vuela en pos de secretos eternamente impenetrables? Hagamos, pues, con la divina Providencia lo que hacemos con el médico cuando nos manda cosas, que no están en armonía con nuestras cortas luces. Nos persuadimos que procede segun los mas rectos principios de su facultad, y aunque puede engañarse, le permitimos prescribirnos cuanto le place. Indudablemente tiene mejor derecho á nuestra docilidad y obediencia el Altísimo, que por su misma esen-

cia es sabiduría incomprensible , y cuyos caminos tanto distan de los nuestros.

No caigais de ánimo por los males ó contratiempos , que la Providencia os envíe , porque mas bien que de ira son señales de amor , y mezcla los bienes y los males , haciéndolos sucederse alternativamente , como el día á la noche y el invierno al estío , á fin de que no nos engría la prosperidad continua ni nos abata la desgracia. Esperad en las adversidades su misericordia , y no os olvideis de su justicia , que de un momento á otro puede vibrar sus rayos cuando vuestro horizonte se halle libre de nubes , y tranquilo y confiado vuestro corazón.

Si os mueve á envidia la apari-
ciencia de felicidad, que disfrutan
los grandes de este siglo, fijad la
consideracion un poco mas en ellos
y en cuanto los rodea, y vereis que
sus placeres son mentirosos y que
sus riquezas les producen mas cui-
dados que regalos, que el número
de sus enemigos y de los que de
él murmuran es mayor que el de
sus amigos, que su lujo es una
esclavitud, que su elevada posicion
les hace mas sensible cualquier fal-
ta de respeto á su persona, cual-
quier ingratitud, cualquier descor-
tesía, que hormiguean en sus pe-
chos deseos roedores é insaciables,
que la paz ha huido de sus almas,
y que sus breves satisfacciones no
compensan lo muchísimo que inte-

riormente padecen. Es preciso no pararse en la superficie de las cosas, sino profundizar en ellas para conocer que fué mentira lo que ilusoriamente se creía.

Jamás olvideis que la divina Providencia lo dirige todo á fines, que ella sola conoce, y que para el cumplimiento de sus designios se vale hasta de las maquinaciones de sus enemigos, que permite al mismo tiempo que las desaprueba y castiga. La historia es fiel testigo de esta verdad. Los hermanos de José se propusieron su ruina para deshacerse de él, y le vendieron á unos transeúntes; y el Señor escogió este medio para llevarle á Egipto y encumbrarle luego á la mas alta dignidad de aquel país. Esto

mismo se observa hasta en la sublime obra de nuestra redencion. Judas entrega á su divino Maestro, y la Sinagoga le arrastra al último suplicio; mas hé aquí que el ciego furor de los sacerdotes y pontífices hebreos sirve admirablemente á los amorosos designios del Encarnado-Verbo, que muriendo en la cruz quiere librtar al humano linaje de la esclavitud del demonio, destruir el peccado y abrir los cielos, aplacando y satisfaciendo á su Padre con el derramamiento de su salvadora sangre. No consintais, pues, en la malévola tentacion de creer que la Providencia no se acuerda de reprimir á los perturbadores de la paz de los pueblos, ó de contrariar los planes de los ini-

cues. Si les deja urdir sus tramas y aun llevarlas á cabo, es porque con ellas intenta purificar mas y mas á los justos en el fuego de las tribulaciones, probar su paciencia y coronarla, y por último mostrar su sabiduría y justicia en el desenlace y término del drama. Cuando veais el principio de la escena, levantad los ojos al cielo y decid: allí está el Omnipotente, que ya sabe á dónde ha de conducir el carro de esta revolucion, ó de este imperio naciente, ó de esta guerra fratricida.» El prodigioso misterio consiste en que los hombres por eleccion propia y con entera libertad se determinan á obrar del modo que mejor les parece, y al mismo tiempo son ciegos instruí-

mentos de la Providencia, que encamina el curso de sus acciones libérrimas al fin que se ha propuesto allá en sus adorables arcanos.

Siempre esté fijo en vuestra memoria el inconcuso principio de que la Providencia para ostentar las profundidades de su sabiduría y poder y para confundir el orgullo del humano entendimiento, muchas veces emplea medios, que á primera vista parecen diametralmente opuestos al resultado que se propone. Así castiga á un pueblo para salvarle; así encumbra á un malvado para precipitarle; así permite una guerra para que á ella suceda una paz cimentada sobre bases mas firmes y duraderas; así aflige á sus siervos para después

embriagarlos en celestiales delicias; así empobrece en lo material al que espiritualmente quiere enriquecer sobremanera de bienes mas excelentes. Sus caminos son ocultos; no entreis, pues, en ellos con el pensamiento sino asiéndoos de la mano de la humildad preservadora de caidas y segura guia en las sendas del verdadero saber. Pero sobre todo guardaos de atribuir á la santísima Providencia los desórdenes morales, que ella condena y castiga en esta y en la otra vida. Pues ¿cómo pudiera Dios ser autor de lo que innumerables veces anatematiza en el libro de su revelacion y prohíbe en sus mandamientos bajo las penas mas formidables, y habiendo creado para

castigo de sus infracciones nada menos que las llamas eternas del infierno? Reflexionad tambien que si como caballos de guerra recorren la redondez del orbe diversas y espantosas calamidades, cuyo origen está en la justicia del cielo, vienen provocadas por los pecados de los hombres, y traen la mision bienhechora de atajarlos en el despenadero de sus vicios y horrendas iniquidades. ¿Y de dónde nace la abundancia aterradora de enfermos y de pobres sino de la falta de cumplimiento de su voluntad divina? ¿Quién destruye la salud tanto como la gula y la lujuria? ¿Y habria tal machedumbre de hambrientos menesterosos, si como Dios quiere, aconseja y ordena, los

mantuviera la caridad de los ricos?
No. La divina Providencia prove-
yó á todo, prometiendo á estos su
infinita gloria si repartian con los
desvalidos de lo mucho, que gra-
tuitamente reciben de ella misma.

CAPÍTULO X

DE LAS RIQUEZAS Y DE LA POBREZA

Parece que no hay en el universo cosa que choque mas acerca de las adorables disposiciones de la Providencia que el vário y desigual repartimiento, que hace de los bienes llamados de fortuna. Por tanto conviene no pasar de ligero sobre las ideas de pobreza y riqueza, y detenernos á darles una atenta mirada. Pero antes de entrar en otras

consideraciones , para que desde luego tengamos acerca de ellas una autoridad irrefragable , oigamos al divino Maestro , que nos dice que es imposible servir á dos amos , es decir , á Dios y al dinero. Hé aquí presentada por el que es la misma verdad una particularísima oposicion entre el amor y servicio del dinero y el amor y servicio de Dios. Bastaba esto para que el entendimiento del cristiano descubriera á primera vista los peligros , que traen consigo las riquezas , y alejára de ellas su corazon destinado para solo Dios , ni cabe inspirarnos un concepto mas cabal , ni mas vivo de que los tesoros de la tierra , lejos de ser apetecibles , por lo menos pueden envenenar el

alma, apartándola del sumo bien, que es Dios, y ocasionándole de esta suerte la mayor desgracia imaginable. Y tan cierto es que á las riquezas temporales está como vinculada la pérdida del cielo, si se las deja enseñorearse del corazón, que para que no se verifiquen los terribles vaticinios, que acerca de los ricos leemos en la Sagrada Escritura, es necesario que estos con espada de esforzado espíritu rompan el fatal nudo del apego á su oro traicionero, y prefiriendo el yugo del Señor, no consientan sobre sí la ominosa coyunda que le es contraria. Así lo hicieron los opulentos patriarcas del antiguo Testamento, que eran señores y no esclavos de sus riquezas, repartién-

dolas con los pobres y considerándose solo cual administradores de los bienes que poseían. Y á la verdad que el reino y las inspiraciones de las riquezas son muy diversas del reino y de las inspiraciones de Dios: aquellas claman: aumentadnos con lo ageno; y este: despojaos de lo vuestro para enriquecer al menesteroso: aquellas: satisfaced todos vuestros antojos; y este: reprimidlos; aquellas: entregaos á los placeres; y Dios: haced penitencia. Aquellas solo nos hablan de los goces de la vida presente; y nuestro Padre celestial nos manda que le sacrifiquemos todas nuestras inclinaciones y afectos, y que solamente en él pongamos nuestra esperanza, y á él solo di-

rijamos la llama de nuestro amor.

Mas profundicemos algo en la esencia de la pobreza y de la riqueza, examinándolas en sí mismas. Entre las cosas humanas, unas son buenas, otras malas, y otras que pudiéramos llamar participantes de bueno y malo, indiferentes, sin que en sí mismas sean malas, pasan por tales, reputándolas un mal la preocupacion del vulgo. Así por ejemplo la pobreza es comunmente tenuta por un mal: ¿y lo es en verdad? No. Las virtudes cristianas le quitan su aspereza; y la prudente economía, la prevision y el trabajo á veces la evitan cuando ya se acercaba amenazante, y otras veces disminuyen sus rigores y hasta consiguen desterrarla.

A las riquezas se da el nombre de bienes, aunque esencialmente no lo sean, pero llegan á serlo por el buen uso que de ellas se haga. Si por su naturaleza fuesen un bien, serian buenos todos los que las tienen. No siendo esto así, claro está que la riqueza no es intrínsecamente un bien, y que solo sirve de instrumento y ejercicio á la virtud. Me explicaré con algunos ejemplos para hacer mas inteligible este principio. No es la blancura una sustancia, no es mas que una cualidad, un accidente, al cual es necesario un objeto que le determine. Lo mismo sucede con la enfermedad; no existe por sí misma, ni es posible concebirla sino adherida á un cuerpo. Si la riqueza produce-

ra virtud, si fuese un verdadero bien, todos los ricos serian virtuosos; y asimismo, si fuese un mal la pobreza, todos los pobres serian malvados necesariamente; y la experiencia nos enseña lo contrario. Ni obsta que haya pobres, que blasfemen, porque lo son, pues estaria mejor dicho que lo hacen porque no saben ser pobres, porque no tienen valor para serlo. No así Job que estaba tan lejos de blasfemar, que habiéndose visto repentinamente precipitado desde la dorada cumbre de la opulencia á un abismo de infortunio y miseria, bendecia al Señor, diciendo: Dios me lo dió, Dios me lo quitó; sea para siempre bendito su santo nombre. Si hay ricos que no con-

tentos con sus tesoros extienden la mano á los ajenos, no es esto culpa de las riquezas: la causa de tan malo mal es el abuso que se hace de ellas. A los antiguos patriarcas servian para ejercer la hospitalidad con los extranjeros; y Abraham en medio de su opulencia cumplia exactamente sus obligaciones todas; Lázaro sumergido en la indigencia merecia la gloria de los cielos. Son, pues, la pobreza y la riqueza cosas indiferentes por sí mismas; y otro tanto puede decirse de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte, de la gloria, de los honores, de la esclavitud y de la libertad. Si se arriman al sábio tomará mayor vuelo su virtud. Si fuese un verdadero mal la enferme-

dad ¿qué se diría de Timoteo aquejado de agudísimos dolores, y al cual permitió San Pablo el uso de un poco de vino, para fortificar su estómago y aliviar algún tanto sus habituales dolencias? Pero sus padecimientos no fueron parte para impedirle ceñirse una corona de inmortal brillo, ni la pobreza á tantos como vemos que todos los días pasan desde su estrecha penuria á ser gloriosos reyes en el cielo.

Veamos ahora qué ventajas llevan sobre la tierra los ricos á los pobres. La experiencia universal demuestra que el sueño de los que viven del trabajo de sus manos viene á cerrarles los ojos sin hacerse esperar tanto como el de los magnates, los cuales suelen velar

en sus muelles lechos desasosegándose y luchando con sus cuidados crueles , mientras el menesteroso duerme tranquilamente sobre un tablado, ó en el desnudo suelo. Aquellos que la fortuna favorece comen y beben sin hambre y sin sed, y esta la causa de que no hallen en la comida esa satisfaccion, que ha de preparar el hambre, en tanto que mejor regulado el alimento del pobre siempre llega á tiempo de serle apetitoso y mas gustado. Y si como es indudable, constituye la salud la mayor parte de la dicha, que los vivientes podemos gozar sobre la tierra, no hay quien no esté convencido, porque lo ve, de que en esta felicidad se aventajan los pobres á los ricos.

¿Y qué importa que estos tengan sus casas con mas lujo, si aquellos tienen sus cuerpos con mas salud? El alma, que es la que goza ó padece, no habita en las preciosas sillas, en los espejos relumbrantes, ó en las magníficas colgaduras de seda ó de damasco, sino en el cuerpo que anima, y si este su inseparable compañero la hace continuamente partícipe de sus dolorosos padecimientos, de su postracion y congoja; mal haya el reluciente mueblaje, mal hayan las carrozas, mal hayan los numerosos aduladores, y mal hayan sus inútiles vasallos de oro, que contienen sus arcas. Los campos y las aldeas están llenos de pobres, que sin tales vasallos de metal amarillo desafían la

intempérie, y se burlan del calor y del frío con robusta musculatura, ágiles miembros y fuerza vigorosa, mientras el poderoso propietario amarrado con invisibles cadenas al lecho del dolor envidia la salud del mas pobre de sus colonos.

Pasando con nuestra consideracion de la persona á la familia, tambien veremos que en la del rico hay mayores pesadumbres, mas motivos de que arda una guerra intestina. La delicadeza, la esquisita sensibilidad siempre tienen abierto el flaco pecho para recibir toda especie de dardos. los intereses son la tea de la discordia; los derechos que á cada cual se le figura tener al respeto, ó al amor de sus parientes,

ocasionan disgustos insumables. Pero no así en la casa del pobre: en ella se repara menos en quisquillas punzantes, se vive sin tan molestos cumplimientos, reina mas cordial franqueza, y se disfruta de lo poco con menos incomodidades que en los palacios de lo mucho. La falta de hijos en el matrimonio no es tan sensible á los pobres como á los ricos, para los cuales es un dogal la idea de que sus bienes irán á enriquecer manos extrañas. ¿Y quién seria capaz de contar las exageradas necesidades de los señores opulentos? Necesidades, que el pobre no conoce y de cuyo pesado yugo está libre. Aquel tiene por enemigos á cuantos olvidados de Dios son siervos del dinero, y ha

menester porteros, cerrojos, llaves y otra porcion de guardias de sus caudales. ¿Pero cómo guardarlos en su muerte? Ya la espera, y tiembla, porque sabe que penetra por las puertas de los palacios con la misma autoridad que en las humildes cabañas de los pastores.

Continuando el comenzado paralelo, contemplad á ese orgulloso prócer, que pasa en la maldad los dias y las noches; vedle en la cumbre de las dignidades brillando con magníficas insignias de mando y poderío; pues compadeceos de su infeliz suerte, y decid resueltamente que es un desdichado. ¿De qué le sirven todas sus riquezas si está vacío de virtudes? ¿De qué le sirve mandar á tantos si no sabe domi-

narse á sí mismo, ni imponer silencio á sus pasiones? ¿Puede con todos sus tesoros sustraerse á las enfermedades, que le arrastran al sepulcro? Parece que por sus mismas riquezas excita mas vuestra compasion, y es cierto que es mas digno de lástima, porque la misma abundancia de lo que tiene le hace mas vivo el sentimiento de lo que le falta. Empero el pobre acostumbrado á privaciones se conforma con ellas mas fácilmente. Y observemos como de paso cuánto yerran y se extravían en sus juicios los que á ese rico llaman desdichado porque padece en el cuerpo, y le juzgan feliz cuando le ven lleno de oro y rebosando salud, siendo así que es verdadera-

mente desventurado , porque el crimen ha echado en su corazon hondas raices. Y por el contrario, ¡cuánto se engaña el mundo creyendo infelicitísimo al justo , que desposeido de bienes materiales y oprimido por las violencias de la injusticia humana , está encerrado en un oscuro calabozo , pálido el rostro , larga la barba , débil el cuerpo , atadas ambas manos y pendiente de ellas , y quitando á los pies la libertad de moverse , una cadena de rudo y pesado hierro! Sin embargo , su alma brilla limpia , tranquila su conciencia , y tranquilo su corazon magnánimo , bendice á Dios en medio de su absoluta pobreza de todo bien , su virtud le eleva sobre la estrecha esfera de

sus miserias, y la esperanza del cielo le llena el pecho de una dulzura inefable, que le hace venturoso entre las sombras de una vida, que imaginamos desdichada en extremo.

Cuentan algunos entre las desventajas de la pobreza el no poder ejercitar la caridad, dando limosna al menesteroso; y á la verdad que olvidan que hay muchas y diversas maneras de cumplir con lo que se debe á la bellísima virtud de la bondadosa caridad. El consejo, la amonestacion suave, la asistencia al desvalido enfermo, la oracion hecha para consuelo del atribulado, para conversion del infiel, ó del hereje, el servicio material del prójimo necesitado de au-

xilio , la enseñanza del párvulo inocente y otros muchos recursos, que para su ejercicio y desahogo de su fervor tiene la caridad cristiana, son, á no dudarlo, obras tan meritorias á los ojos de Dios como el repartir crecidas sumas de dinero con mano generosa; y no hay para qué decir que todas ellas están al alcance del pobre, y que el Señor no le ha negado los medios de ser tan caritativo como el rico mas desprendido de sus cuantiosos bienes. Además, el Juez divino es la misma sabiduría y la misma bondad, y si el pobre no le puede ofrecer sino sus buenos deseos, en la balanza de su justicia pesarán estos acaso mucho mas que otras obras de caridad acompañadas de

ruido y publicadas por los ecos de la fama. Todo es relativo en el ejercicio de las virtudes: ya sabe Dios que el enfermo no puede hacer penitencias como el robusto anacoreta, y que al pobre no le es posible dar al modo que dan los ricos. Con todo eso, el Señor aprecia imponderablemente lo poquito, que de su escaso haber sacrifica el pobre en beneficio de otro todavía mas menesteroso. Solamente dos óbolos tenia una pobrecilla viuda, dió uno de ellos, y con tan pequeña limosna oscureció el brillo de los mas suntuosos donativos. Allá en los tiempos antiguos otra viuda en la ciudad de Sarepta acogió en su casa al profeta Elías y partió con él su racion muy mezquina, y la

premió el Todopoderoso extraordinariamente. Hé aquí como tambien la pobreza puede ser rica de caridad, como en efecto lo es muchas veces.

Demos un paso mas en la investigacion de lo que traen consigo las riquezas, y toquemos de mas cerca esa engañosa y gigantesca quimera. Almas hay sensuales, ciegas, metidas, porque lo quieren, en todos los embarazosos enredos de este mundo, y que parecen incapaces de renunciar á esos goces efimeros, flores de un solo dia, sombras fugitivas, cuyos encantos fascinan hasta á los mas prudentes de entre los mundanos, esclavos miserables de esas nocivas superfluidades. Arranquémosles la máscara, y mos-

tremos en su desnuda realidad esos goces mentirosos y engañosos. En tal vida consagrada á procurarse placeres, riquezas, honras, no es posible contar las inquietudes, las humillantes bajezas, los vergonzosos deberes dolorosamente apremiantes, en una palabra, las amarguras á que expone. Ciérranse los ojos á los bienes eternos para no ver mas que lo material, y todo se sacrifica por conseguir el mísero blanco de unos deseos terrenales. Por él se desafían y arrostran los peligros, los remordimientos, las envidias, las enemistades. Un confuso laberinto de cuidados y disgustos es la prision, en que cae el loco, que tan sin tino se afana aguijoneado por la codicia; y al fin,

¿qué ha de quedarle? ¿Qué ha de sacar de su hambrienta inquietud? Una eternidad de suplicios. Y sin embargo, se codician esos bienes, y se hace en ellos consistir la dicha; no se juzga feliz sino al que los posee; se le envidia. ¿Y podrá en verdad decirse que forman la ventura del hombre? No. Una pueril ignorancia oscurece las mentes acerca de ellos, ocupándolas solo con bagatelas, sin que jamás se levanten á la consideracion de objetos mas importantes.

Notemos por último la doble ventaja, que los pobres llevan á los dueños de las riquezas. Son estas como la madriguera de varias pasiones de carácter altivo, las cuales no seria aventurado decir que

son como las ranas, que naturalmente se crían en el fango de los bienes terrenos. No sé qué oculta y misteriosa relación tienen con el orgullo, la ira y otras habituales tempestades del corazón humano, que se forman en las nubes de los preciados metales, siempre que sus poseedores no las combaten con heroico y constantísimo esfuerzo, implorando los auxilios del cielo, y usando de todas las vencedoras armas, que nuestra divina religión pone en sus manos. El voraz fuego de esas pasiones turbulentas, que nacen en el regazo de la opulencia, consume en esta vida al rico, que no trabaje por apagarlo con el celestial rocío de la gracia, y en el siglo futuro le abrasa en los abis-

mos infernales. De estos dobles y espantosos peligros está libre, atendida su índole y naturaleza, la apacible pobreza, que facilmente se hermana con la santa humildad, cimiento de todas las virtudes y camino seguro para la gloria. Así muchos verdaderos filósofos cristianos, convencidos de las inefables ventajas de la pobreza y de los riesgos de sus almas inmortales en medio de las tentaciones de la opulencia, se despojan de ella, y corren á los desiertos á buscar en el desasimiento de todos los bienes terrenos mayor seguridad para su salvacion eterna, las delicias de la virtud y la íntima compañía de su amoroso Dios.

CAPÍTULO XI

ELEVACION Y CONSUELOS DE LA DOCTRINA DE LA PROVIDENCIA

Así como la divina Providencia es la fuente de todos los bienes, la doctrina que nos enseña es un inagotable manantial de consuelos y de dulcísimas esperanzas. Con ella no hay un instante, en que no debamos vivir confiados y con el pensamiento y con el alma en las alturas celestiales. El mismo Jesucristo

nos dice, mandándonos continuamente aspirar á los bienes eternos: «buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.» Así libra nuestras almas de las atormentadoras inquietudes del mundo, y les señala por blanco el cielo: tal era el objeto de su mision sublime: bajó el divino Verbo á la tierra para renovar el mundo, quitarle las espinas de los cuidados antiguos y demasiado carnales y mezquinos, y para llamarnos y elevarnos á mejor patria. El fin de su Evangelio es desprendernos de las afecciones terrenas, fin altísimo y diametralmente opuesto á la moral del paganismo, que estaba toda encerrada en el lodo de esta vida transitoria,

sin jamás levantarse á pensamientos de un orden mas elevado. Pero el cristiano sabe que su reino se halla en otra parte.

No estamos en el mundo para haber, para comer y vestirnos, sino para servir á Dios y hacernos dignos de bienes inmortales. Así como los presentes deben ocupar en nuestros corazones el último lugar, tambien deben ser los últimos que pidamos en la oracion. Principiad por buscar el reino del cielo, y todo lo demás se os dará por añadidura. Observemos que esta palabra *añadidura* nos enseña que los bienes presentes no pueden parangonarse con los futuros, que han de ser el objeto principal de nuestras oraciones, con la segura

esperanza de que los necesarios para el tiempo presente han de vernos en pos de aquellos. Buscad los bienes futuros, y recibireis los presentes; no deseeis las cosas de aquí abajo, y no os faltarán. Indigno es del cristiano importunar al soberano Señor de todo lo creado con pretensiones de poca monta; guardad, pues, vuestra solicitud para los únicos bienes, que verdaderamente merecen este nombre. Es rebajarnos el circunscribir nuestros deseos á los perecederos bienes de este mundo. Y así cuando el divino Salvador nos manda pedirle el pan necesario á nuestra subsistencia, lo hace añadiendo la palabra *hoy: dánosle hoy*. No penseis en el día de mañana. Nuestro ado-

rado Maestro nos permite pedirle lo necesario para cada día, y no mas. Quiere que confiemos en que su divina Providencia cuidará de nosotros el día de mañana; y con esto establece el reino de la hermosa paz en nuestras almas, desterrando toda inquietud, y enseñándonos que en el cielo tenemos un Padre amorosísimo, que vela por nuestra conservacion y bienestar, en cuyos brazos debemos abandonarnos como el tierno niño, que tranquilamente duerme en el regazo de su madre. Sí; ofreciéndonos el reino de los cielos, que es mas que todas las cosas del universo, se compromete sin duda alguna á darnos lo que es menos.

Otra de las fuentes de imponde-

rabable consuelo, que nos enseña la doctrina de la Providencia es que esta divina reguladora del universo convierte en bienes eternos todos nuestros males temporales, si de ellos queremos aprovecharnos, creciendo en la virtud y aumentando nuestro tesoro de divina gracia por medio de la paciencia, de la resignacion humilde y de la mas sumisa conformidad con las disposiciones de lo alto. Por eso escribia el Apóstol de las gentes: sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios: *Scimus quia diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*. Aquí vemos que al decir que todo concurre al bien espiritual y eterno de las almas amantes de Dios, no exceptúa

ciertamente la pobreza, el hambre, las enfermedades, las calumnias, las persecuciones, ni otra alguna de las innumerables pruebas, por las cuales suelen pasar los justos en esta senda de espinas, que llanamos vida. ¿Y qué mayor dicha que ir siempre alessorando gracia y virtudes, que han de valernos una corona inmortal? Si este es el venturoso fruto de las penas y trabajos, con que el Señor nos visita convirtiéndolos en nuestra futura gloria su bienhechora Providencia, sean benditas las penas, con que aquí nos aflige brevemente, y sobre todo cantemos alabanzas y bendiciones á su adorable Providencia, que de los males fugitivos saca bienes eternos!

Segun esta doctrina fundada en la revelacion el único mal verdadero es el pecado, y no se incurre en él sino voluntariamente, hallándose libres de su mortífera ponzoña los justos que están en gracia de Dios; de donde se deduce que ningun justo tiene parte actual en la única verdadera desgracia que hay en el mundo, mientras todos los otros males contribuyen á su felicidad eterna. Sabe que sus combates le dan derecho á una corona brillantísima, y que esta ha de ser tanto mas gloriosa cuanto mas violentos y dolorosos sean aquellos. Alentado con tan dulce esperanza desafía todo género de adversidades, las cuales lejos de commoverle el magnánimo corazon , lo engrandecen y

subliman. No ignora que el Apóstol ha dicho que los trabajos de la presente vida no merecen la excelsa gloria, que algun día nos han de dar. Rom. 8. v. 18. Está seguro del feliz término de su carrera, y considerando como desde una altura inaccesible estos bienes y males, que pronto pasan, los mira como ligeras sombras, que no hacen mas que mostrarse y desaparecer. No le abaten las pesadumbres, ni le engrien las prosperidades, ni fijan su atención los honores, ni excitan sus deseos las grandezas mundanas. Todo lo ve y contempla con indiferencia tranquila, solo piensa en su celestial patria, y á ella solo dirige los movimientos de su alma grande hecha para gozar

de Dios y para poseerle sin término en plenitud de gloria.

Aun para las cosas de esta vida son al justo provechosos sus contratiempos: le vigorizan para la lucha, le despojan de la escoria del mundo, le ilustran acerca de sus mentirosas vanidades, y por último le elevan á Dios. No los teme la virtud, pues ni la servidumbre la esclaviza, ni la encadena el cautiverio, ni la indigencia le priva de sus riquezas inmortales, ni la atemoriza la muerte, en cuyas alas vuela á su verdadera patria. Buen testigo de estas verdades son los mártires y todos los campeones de nuestra religion divina, y en particular ese grande Apóstol Pablo, cuya caridad para con Dios no lo-

graron entibiar ni hacer la mas mínima impresion en su alma los azotes, las cárceles, las cadenas, los tumultos del pueblo enfurecido, los naufragios, ni la formidable muerte amenazadora. Reputaba por nada todas esas y otras muchas horribles tribulaciones, y se glorificaba de padecerlas. Ved ahí lo que son para un alma cristiana los decantados males, de que se acusa á la Providencia. Ella los hace escala para el cielo, y los convierte en inefable dulzura y resplandores gloriosos. Mas conociendo nuestra fragilidad y miseria no permite que nos agobie una continúa sucesion de penas y trabajos, sino que de cuando en cuando levanta su mano airada, y nos regala y acaricia col-

mándonos de exquisitos favores. Tal ha sido siempre la conducta de la Providencia, sin que por esto nos propongamos definirla, ni comprenderla, ni adivinar los arcanos de su adorable gobierno. No obstante, fácil es observar que castiga y consuela, que corrige y favorece, y casi siempre hace que alternen los bienes y los males á fin de que no sucumbamos bajo el aflictivo peso de estos, ni por aquellos olvidemos que somos polvo y que á polvo nos hemos de reducir.

Sin embargo, si queremos ser felices al modo que es posible serlo sobre la tierra, seamos virtuosos, y habremos logrado tener en nosotros mismos una abundantísima fuente de consuelos y sobrehuma-

nas delicias. Continuamente nos halagará el testimonio de una buena conciencia; la esperanza del cielo derramará sus dulzuras en los trabajos inseparables de nuestra peregrinacion, y la alegre confianza en el Todopoderoso nos dará fortaleza para no temer los peligros y para reirnos de la misma muerte. Y si quereis saber lo que vale en la agonia haber vivido virtuosamente, acercaos al lecho de un moribundo opulento, que haya gozado de las ventajas y regalos, que proporcionan las riquezas, y al mismo tiempo haya gastado su juventud y ancianidad en el servicio del Señor, y preguntadle qué estima mas si el haber sido rico ó el haberse empleado en obras de virtud, y no

dudeis que el recuerdo de sus riquezas le arrancará un suspiro despreciativo, y la memoria de sus acciones virtuosas le regocijará el alma en medio de sus dolores y de las sombras de su próxima muerte, las bendecirá y dará gracias al Autor de todo bien porque se las inspiró y le asistió para llevarlas á cabo.

Pero en donde mas hay que admirar la Providencia es, á mi juicio, en haber hecho de la virtud una propiedad tal del hombre, que se desposa con ella, que este venturoso matrimonio es indisoluble por mas que se empeñen en separarlo todas las potestades del mundo y del infierno, empleando cuantos medios externos puedan

imaginarse. Ni la muerte tiene poder para disolverlo. Solo el hombre que lo posee puede á sí mismo despojarse del tesoro de su virtud. Solo por su propia voluntad le es dado renunciar á ella. Ahora bien, ¿qué significan todas las quejas y murmuraciones contra la Providencia por los desórdenes de la sociedad humana, por las víctimas del puñal ó del veneno, ó por las repentinas pérdidas del honor, de la salud, de la hacienda ó de la vida, si nada de esto afecta al hombre en lo que verdaderamente constituye su dicha y su nobleza? Sí; que á la esencia del hombre no pertenecen sus placeres, sus honores mundanos, sus riquezas materiales, ni aun su exterior her-

mosura. La virtud es la única cosa, que esencialmente le es necesaria para ser lo que su Hacedor quiere que sea. Y esta voluntad de Dios es su tipo, su norma, su centro, su orden, su fin: los demás son accidentes, que aunque los pierda, no influyen en su esencia, ni en el orden que Dios ha establecido para él. Sobre esos accidentes permite la divina Providencia que tengan algun poder para privarle de ellos, ó hacerles sufrir algun doloroso menoscabo, las vicisitudes de las cosas humanas; mas á ninguna fuerza externa permite que le robe lo mas precioso y esencial, que es su virtud. Así nadie puede recibir daño alguno de otro, sino de sí mismo; y ¡oh cuán glorioso á la

divina Providencia es este privilegio, que ha dado al justo, y cuán consolatorio para quien lo posee, pues sabe que no puede perderlo sino queriendo! En vano el cielo se cubrirá de nubes, en vano estallarán las tempestades, en vano emprenderán los rayos su fulminante carrera, y en vano los abismos enviarán contra él sus devastadores ejércitos, pues si no quiere perderla, conservará ilesa su virtud y triunfará con ella de todos sus enemigos. Por manera que si Dios consiente el torbellino de los escándalos, es para mayor triunfo de la virtud y para su propia gloria.

Así solo el pecado, fruto de su propia voluntad, puede dañar al hombre; cuanto los otros hagan en

contra de él se torna en provecho suyo. No son, pues, las víctimas las que merecen mayor compasion, puesto que ellas ganan en sus trabajos, sino sus opresores y verdugos. Y en efecto, ¿quién mas miserable que el fraticida Cain? ¿Quién mas desdichada que esa Herodias, que hizo cortar la cabeza á Juan Bautista en la prision? ¿Y quién mas infeliz que el demonio, autor de todas las desgracias del pacientísimo Job y para siempre condenado á tormentos inacabables, no solo por su antiguo delito de rebelarse contra Dios, sino tambien por la crueldad con que se ensañó en aquel justo? Pues si la virtud, verdadero valor del hombre, que esto quiere decir *virtud*, no consis-

te en las riquezas, ni en la libertad, ni en los regalos y comodidades, ni en las honras, ni en la prepotencia, sino en la rectitud de su conducta, es evidente que aun cuando pierda todo aquello, nada habrá perdido de sí mismo, ni habrá sufrido un perjuicio real. Pero si llega á perder su virtud, único bien, que le es propio, solo de sí mismo deberá quejarse, siendo semejante pérdida un acto de su libre albedrío.

En cuanto á los bienes temporales, podemos decir que si bien por ellos mismos son indiferentes, se convierten en daño de su poseedor siempre que este no los dirija y ordene á un fin santo con el auxilio de la gracia preveniente, y velando

sin cesar sobre sí mismo para que aquellos no le corrompan, ni extravíen. De todas estas verdades tenemos las pruebas mas convincentes en las historias de los personajes del Testamento antiguo, que se nos ha dado cabalmente para que veamos en ellas la incontrastable fortaleza de la virtud vencedora de los mas terribles asaltos de sus enemigos y del mundo entero conjurado en contra de ella, y para enseñarnos de un modo práctico la efímera vanidad de las terrenas prosperidades.

CAPÍTULO XII

ENLACE DEL GOBIERNO TEMPORAL DE LA DIVINA PROVIDENCIA CON SU IM- PERIO EN LA ETERNIDAD

El mismo Dios, que es rey del siglo presente, lo es también de la eternidad. La variadísima cadena con que su diestra omnipotente tiene atadas al trono de su justicia y misericordia todas las cosas, que han sucedido y sucederán desde el primero hasta el último día de los

tiempos, se compone de eslabones que abarcan la inmensa série de los siglos, rodean los ámbitos del universo y dilatándose por las alturas de la eternidad, establecen una relacion íntima entre la vida mortal de las criaturas racionales y la inmortal de las mismas en el cielo ó en los abismos. Ahora no vemos esta maravillosa cadena. Y por eso nos admiran algunas disposiciones de la Providencia. Pero el Señor en sus divinas Escrituras nos ha revelado lo bastante para que sepamos que muchos justos son pobres en este mundo porque en la eternidad serán ricos de gloria, y muchos pecadores son aquí dueños de bienes cuantiosos, pero transitorios y fugaces, porque en la eternidad

no han de tener consuelo en su imponderable y tristísimo infortunio. Una corona inmortal aguarda al pobre en premio de su resignacion, y al rico depravado castigos y suplicios terribles si no muda de conducta, si no se enmienda y se convierte á su Dios. En tanto la dilacion del castigo lo hará mas formidable. Y en el dia del final juicio serán diversamente juzgadas las culpas de los justos atribulados, pues ni aun los mas virtuosos están libres de algunas faltas, y las de los perversos contumaces, que gozaron de opulencia y de muelles regalos. Con aquellos se mostrará indulgente el Juez divino, é implacable con estos.

Para confundir á los que niegan

la vida y resurreccion futura , Dios aun en esta les hace ver una como anticipacion de sus juicios , por medio del castigo de los malos y de las recompensas de los buenos. Pues si por una parte jamás se viese castigados á los malos , ni premiados á los buenos , los que tienen por imposible la resurreccion, tomarian de aquí un pretextó para acusar á la virtud de que no servia mas que para hacer infelices á los que la practican , y atribuir al crimen solo triunfos y goces. Y si por otra parte corriesen en el mundo la misma suerte y gozasen de iguales privilegios los justos y los malvados , acaso muchos no creerian en la fundamental y revelada verdad de un juicio venidero.

Así; pues, para dar mayor peso á su certeza, y favorecer las buenas costumbres, evitando desórdenes mayores, á que arrastraría la ignorancia de este dogma, se complace el Señor algunas veces en fulminar el rayo de su venganza á los pecadores, á fin de despertar de su letargo á los otros con el terror saludable que infunden semejantes ejemplos, que les presagian los rigores de su justicia; al modo que se complace igualmente en sacar de su oscuridad á personas virtuosas, en mostrarlas á la faz del universo y en recompensar con toda solemnidad sus buenas obras, para manifestar que si no lo hace siempre es porque se reserva premiar á todos en su reino de gloria inaca-

bable. Siendo Dios justísimo ¿podría su justicia ver con indiferencia impunes á los malvados, y afligidos á los buenos bajo el yugo del infortunio si no hubiese otra vida, en que desaparezca tan extraña desigualdad?

En otra vida pone el divino Salvador la distribucion de los bienes y de los males: á quien me confesáre delante de los hombres, yo tambien le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos; y al que me negáre delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos. Matth. 10. v. 32. 33. Para los que hayan renunciado á Jesucristo, suplicios allá en el otro mundo muy superiores á cuanto en este pudiera

padecerse: para los que le adoren, premios muy superiores á cuanto el entendimiento humano pudiera concebir. Y así como el justo se congratulará consigo mismo por haber sufrido algun poco para evitar un suplicio eterno, del propio modo el pecador sentirá amargamente haber tenido algunos breves goces, á los cuales se han seguido castigos terribísimos.

Y sabiendo segurísimamente estas verdades, ¿por qué no descansamos en la Providencia, lejos, muy lejos de estar solícitos por lo que hace ó deja de hacer sobre la tierra? ¿Por qué buscamos aquí nuestro galardón los que al decir de San Pablo nos salvamos por la esperanza? Si algo bueno hacemos

y no somos recompensados, no debemos turbarnos; antes bien regocijémonos, porque nos aguarda un premio infinitamente mas estimable. Y el pecador, que aquí no es castigado, no se lisonjee de quedar impune; su castigo será espantoso, si no lo evita con la penitencia. Llegará el dia en que juzgue el Señor á todas las generaciones: hé aquí lo que nos explica lo pasado, lo presente, y lo futuro; hé aquí lo que forma la apología de la Providencia. Nos admiramos de no ver recompensadas todas las virtudes, y padecemos en esto grave yerro. El Altísimo se reserva un dia, en que juzgará á todo el universo. Hasta entonces nos hallamos en un campo de batalla, pasando por

**duras pruebas y peleando sin tré-
gua. Aun no ha llegado para la vir-
tud el tiempo de su recompensa, ni
el del castigo para el crimen.**

CAPÍTULO XIII

MOTIVOS DE CONFIANZA EN LA DIVINA PROVIDENCIA

No hay para qué manifestar que siendo inmortal el alma que nos anima, nuestra principal aspiracion debe ser el lograr una vida dichosa en la eternidad. Este el sublime blanco, á que ha de dirigirse la esperanza del cristiano. Mas como por nosotros mismos, es decir, por solo nuestras fuerzas naturales, no

podemos conseguirlo, necesitamos saber cuál es en orden á nuestra eterna salvacion la voluntad de Dios, que con su omnipotente Providencia ha de llevarnos al monte santo de su inefable gloria. Para que acerca de ella no tuviéramos la menor duda hizo que su Apóstol escribiese, hablando de él en su primera epístola á Timoteo cap. 2.º v. 4. *Quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad.* Y el mismo Señor nos dice: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. A este fin creó la naturaleza toda, no habiéndonos sacado de la nada para que perezcamos el que en premio de nuestra fidelidad nos promete su propio reino, y no

aguardó á que naciésemos para llamarnos á esa magnífica herencia de los cielos. Se adelantó á los tiempos, y el mundo aun no existía cuando ya eramos objeto de esta su tierna promesa: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino, que se os ha preparado desde el principio de los siglos. Matth. 25. v. 34.

Pero mientras se cumplen los designios del Altísimo de coronarnos en su propio reino, ha creado este universo para nuestro regalo y posesion á fin de que hagamos de él una escala, que nos conduzca al cielo, y entretanto sirva de pedestal á la elevada pirámide de nuestras esperanzas. ¡Y cómo no confiaríamos en que su misericordiosa

bondad nos dará la posesion de nuestro glorioso heredamiento, si para que los disfrutemos en una corta vida, en la cual por desgracia tanto se le ofende, ha creado los dos hermosos luminares del dia y de la noche, el aire, las estrellas y los planetas y la tierra con todas sus producciones, sus aguas y sus galas de alegre primavera? ¡Cuán consolador espectáculo y cuán poderoso estímulo para que amemos á nuestro soberano Bienhechor, y meditemos en su inefable bondad para con un sér tan débil como el hombre! ¡Con cuánta munificencia ha provisto á nuestras necesidades y colmado nuestras mesas de abundancia y de regalos esquisitos! ¡Y sobre todo, cuán inestimable bene-

ficio habernos hecho á su imágen y semejanza? Pero su amor y las riquezas de su bondad para con nosotros no se encierran en los lindes de la tierra, que nos ha dado por imperio. Destina su mismo cielo para el alma inmortal que le sirva fielmente! Sí; la multitud de beneficios, que hemos recibido de la Providencia debe hacernos confiar inmensamente en ella. Aunque pudiésemos prescindir del orden natural, que todo conspira á nuestro bien, hallaríamos en el sobrenatural motivos eficacísimos para movernos á una ilimitada confianza y á un encendido amor. Por nosotros envió en la edad antigua sus Ángeles y sus Profetas. Por nosotros bajó el Hijo de Dios, y se

**hizo hombre , y padeció y murió y
fué sepultado; por nosotros se
obraron los milagros de su gloriosa
resurreccion. Por nosotros tantos
prodigios de misericordia y de jus-
ticia , y para nosotros todos los
bienes , de que es tan rica nuestra
religion divina. Con razon , pues,
exclamaba el Salmista : ¿qué re-
tribuiré al Señor por todos los be-
neficios , de que me ha colmado?
Ps. 115.**

**Si pasamos con la consideracion
á las gracias y favores particulares,
que la Providencia nos ha hecho,
hallaremos en nuestra memoria un
cúmulo de beneficios singularísi-
mos, por los cuales le estamos su-
mamente obligados, y que sien-
do nosotros muy pobres y misera-**

bles no tenemos como pagar. ¿Y no habrá algún medio de mostrarnos agradecidos? Dios nos ha dado un corazón y un alma, que poderle consagrar enteramente, y á cuyos encendidos afectos tiene un derecho indisputable. Encárguese, pues, de pagar una pequeña parte de nuestras deudas para con la Providencia divina nuestra vivísima gratitud; encárguese nuestra absoluta sumisión á sus decretos adorables, y encárguese nuestra filial confianza en su bondad inmensa. Acordémonos de lo infinito que le debemos, y la intelectual presencia de sus multiplicados y grandes beneficios nos excitará á una dulce confianza obligatoria en quien le debe el ser, la

conservacion de la vida , la liberacion de gravísimos peligros , la salud , los bienes , las gracias espirituales y el perdon de los pecados merecedores del voraz infierno. ¡ Ay cuántas veces hubiéramos caído en su pavoroso seno llameante si por misericordia no hubiese la Providencia atajado el rigor de su justicia, y dádonos tiempo y gracia para el arrepentimiento!

Y como si nada de lo dicho bastára para inspirarnos amorosa confianza en su bienhechora Providencia, el Salvador se empeña en persuadirnosla hasta con el ejemplo de los pajarillos del aire y de los lirios del campo. Mirad, nos dice, las avecillas, que revolotean por los aires; no siembran, no cose-

chan, nada guardan en graneros; pero vuestro Padre celestial las alimenta. Y si animalillos destituidos de razon no se ocupan de lo que han de comer; ¿por qué habeis de confiar menos que ellos en la Providencia? Nos inquietamos por el vestido que habemos menester; y Jesucristo á fin de que ni aun por esto tengamos cuidado alguno, llama nuestra atencion hácia las flores de los campos. Mirad, nos dice, cómo crecen los lirios; no trabajan, no hilan, y sin embargo, os aseguro que el mismo Salomon en toda su gloria, jamás estuvo vestido como uno de ellos.

Y en otra ocasion, con el mismo propósito de inspirarnos una grande confianza en su Providencia, de-

cia el amoroso Redentor: habeis recibido de ella el alma y el cuerpo, que ciertamente son mas que el alimento y el vestido. Y habiéndoos dado lo que es mas, ¿no os ha de dar lo que vale menos? Y haciéndose cargo de que al hombre le ocurre naturalmente pensar en aquello que necesita, no se contentó con haber dicho: *no esteis inquietos por lo que habeis de comer, ni por lo que habeis de vestir*, sino que otra vez dió la razon poderosísima, en que debe estribar nuestra confianza, y es en la solicitud de Dios en favor nuestro, en el cuidado, que su Providencia tiene de socorrernos á tiempo y de darnos todo lo necesario para el mantenimiento de nuestros cuerpos y para

su abrigo y decencia, y así añadió:
pues sabe vuestro Padre celestial
que de todas estas cosas necesitáis:
*Scit enim Pater vester cœlestis quia
his omnibus indigetis.*

Mas no quiere el Señor que el
hombre abandone el trabajo, pues
condena la ociosidad, y le ha cria-
do para trabajar, como se dice ex-
presamente en el libro de Job:
Homo natus ad laborem. c. 3.
v. 7. Lo que pretende es impedir
que se trabaje desconfiando, y que
nos hagamos desdichados á fuerza
de tomar precauciones para el dia
de mañana y de cavilar sobre lo
que será de nosotros y de nuestros
hijos, de nuestro pueblo, de la na-
cion á que pertenecemos, y del
mundo entero, que Dios gobierna.

Quiere que trabajemos confiando en que su Providencia bendecirá nuestras fatigas, y esperando de ella mas bien que de nuestra propia flaqueza el feliz resultado de nuestra laboriosidad y de todas nuestras empresas, y aun nos manda esperar en su bondad infinita cuando nada tengamos que esperar de nuestros amigos, de nuestros parientes, de la sociedad en que vivimos y de nosotros mismos; pues si tanto se esmera en cuidar de pequeños seres como los pajarillos del aire, que ha creado para nuestra diversion y sustento, ¡cuánto mas no velará por darnos todo lo necesario á la conservacion de nuestra vida, habiéndonos mandado que le llamemos *Padre* á nos-

otros, y no á los pajarillos! ¿Y qué maravilla que se dé por sentido de nuestra desconfianza y de nuestra nímia solicitud por las cosas de la tierra, mediando tantas causas y poderosísimas razones para descansar tranquilos bajo la sombra placida de su veladora Providencia? Él mismo ha establecido el orden de esas necesidades, que diariamente nos apremian, y su sabiduría, que es infinita, y su bondad, que es igualmente infinita, no las han hecho para que sucumbamos bajo su tiránica presion, sino para que nos obliguen al trabajo, á poner nuestra confianza en su amorosa Providencia, y á recurrir á ella continuamente por medio de la oracion. Si por nuestra parte no cumplimos

sus benévolos designios, y nos inquietamos y desconfiamos, en las espigas de nuestra propia inquietud y desconfianza hallaremos el merecido castigo. Y ora estemos desasosegados y en continua zozobra por los intereses materiales, ora abriguemos sentimientos mas propios de la dignidad de hijos de Dios, no habremos de medrar ni obtener cosa alguna sino por disposicion de la divina Providencia; luego es vano y perdido cuanto se haga y padezca por exceso de solícitud y afanes y consumidores pensamientos acerca de nuestro bienestar y de ese amargo y oscuro dia de mañana, que es una especie de verdugo oculto encargado por nosotros mismos de dar á nuestro co-

razon una muerte lenta y penosa.

La confianza en la divina Providencia nos es particularmente necesaria en el tiempo de la tribulacion; y como Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y suele ofrecernos los remedios aun antes de que lleguen los males, quiso en sus santas Escrituras prevenirnos que habiamos de vernos afligidos por lo mismo que nos privilegiaba su bondadoso amor, y esto á fin de que cuando nos viésemos agobiados por el peso de las tribulaciones, nos llenásemos de confianza, lejos de caer de ánimo. El sábio dice: Cuando entres, hijo mio, al servicio de Dios, dispon tu alma á la tentacion; humíllate, y espera con paciencia, y no te apre-

sures en el tiempo de la oscuridad. Y añade : al modo que la plata y el oro se purifican con el fuego , así los hombres , á quienes Dios quiere hacer suyos , son probados en la fragua de la tribulacion. Eccles. cap. 2. Y en otra parte: hijo mio, no deseches la correccion del Señor, y no desmayes cuando te castigue. Prov. cap. 3.

Podria hacerse la objecion de que hay tribulaciones que oprimen y rinden , y á las cuales no se resiste. Pero semejante supuesto lo niega rotundamente el Apóstol San Pablo, afirmando que Dios es fiel y que no permitirá que nadie sea tentado de un modo superior á sus fuerzas, y que de la misma tentacion os hará sacar prove-

cho á fin de que podais perseverar. 1. Cor. 10. v. 13. Si muchos flaquean y pierden la batalla, dejando las sendas de la virtud al terrible choque de las tribulaciones, no es porque el Señor los abandone primero, sino porque ellos olvidan acudir al tabernáculo de su misericordia, y se alejan de él, verificándose lo que dijo el real Salmista: Perecerán los que del Señor se alejan. Ps. 72. v. 27. Cae una lluvia impetuosa, desbórdanse los rios, soplan raramente los vientos y embisten esta casa; ella empero resiste, y no se desploma, porque está levantada sobre firmes piedras; mas aquella que estaba edificada sobre arena, ha sido fácilmente derribada. La arremetida

de los elementos se hizo á las dos con igual fuerza ; mas la primera, que descansaba sobre buenos cimientos, resistió á todos los furiosos empujes; hé aquí la imágen de la virtud. Nada la conmueve, porque sus fundamentos son indesquiciables; pero la otra minada por su propia flaqueza, es decir, por la cobardía, siempre vencida aun antes de ser acometida, no ha dejado de sí mas memoria que ruinas.

Y para insistir en estas pruebas históricas ó de experiencia, recordemos la diversa conducta, que con el Señor observaron pueblos enteros. Lo que hizo la Providencia con la nacion judáica nos animará á confiar en ella, poniéndonos de manifiesto las magnífi-

cas efusiones de su extraordinaria bondad. ¡ Cuántos milagros! ¡ Cuán tierna solicitud para con ese pueblo escogido! Parecia que toda la naturaleza habia recibido la órden de acudir presurosa al remedio de sus necesidades. Á su mantenimiento contribuian los mas admirables prodigios, ahorrándole durante su peregrinacion por el desierto del fatigoso trabajo de cultivar los campos; el maná, que el cielo le llovía, le proporcionaba un género de pan esquisito, que nada le habia costado. Hubiérase dicho que este pueblo habia sido transportado á otro mundo mejor regido por excelentes leyes, en el cual vivia bajo la influencia de un astro nuevo, que con

su llameante fuego iluminaba y dirigia su marcha cuando la noche entenebrecia el universo, despues que una bella nube habia interpuesto de dia su fresca sombra, suspendida sobre sus cabezas, entre los rayos del sol y la nacion viajera, envolviéndola cual pabellon majestuoso, y caminando á su paso. El mismo mar se convertia para este pueblo en tierra firme; le abrió senda retirándose á uno y otro lado, y formando con sus ondas dos elevadas montañas, que se precipitaron luego sobre las enemigas huestes de Faraon, y las sepultaron con airado ímpetu. De las rocas salieron para él fuentes de agua viva; para él enviaban los cielos multitud de pajarillos destinados á

su alimento; y la victoria no le costaba muchas veces ni una sola gota de sangre; destruyó á Jericó paseándose con una orquesta; ni es posible contar los multiplicados portentos, que obró el Señor para persuadirle del grande amor que le tenia. Y sin embargo, vemos á ese pueblo ingrato prosternarse ante las aras de ídolos nefandos, menospreciando á su Dios, cuya Providencia habia desplegado en favor suyo las magníficas riquezas de su milagroso poderío.

Á tal ejemplo de monstruosa ingratitude, opongamos el de otro pueblo, que no habia recibido de la mano del Altísimo tantos beneficios. Oyó Nínive la voz de un solo Profeta, que le gritaba: *Nínive*

será dentro de pocos dias destruida;
y sus habitantes se convirtieron.
Jon. c. 3. Tan extraordinaria mudanza no fué precedida de prodigiosos favores por parte del Señor, que no habia dado á los ninivitas una ley especial, ni hecho alianza con ellos. La sinceridad de su penitencia aplacó la ira divina, y Nínive fué salva por su arrepentimiento, aunque sus iniquidades habian subido á los cielos. Le amenazaba ruina, y su conversion revocó el decreto del Altísimo. Confió, pues, en aquel duro trance que alcanzaria misericordia por medio de su ejemplar penitencia, y la alcanzó, mientras los obstinados descendientes de Jacob se hicieron dignos de exterminio y reprobacion despues

de tantos llamamientos de sus profetas y de una serie de milagros, que le dió celebridad ruidosa entre todos los pueblos del universo.

Pero la historia de ese mismo pueblo, que se salvaba con prodigios siempre que se volvía á su Dios, es un clarín de los pasados siglos, que publica y persuade á las edades venideras que nada deben temer los que confían en el Todopoderoso, aunque se vean ahogados por la férrea mano de la mas espantosa tribulacion. Sí, nuestro Dios, que por su esencia es bondad infinita, jamás se mostró sordo á los suspiros, á los clamores y al arrepentimiento de sus hijos acongojados. Quiere, y todo se hace; quiere, y todo cambia. Pues

si estriba nuestra confianza en la bienhechora omnipotencia de nuestro Padre celestial, ¿qué podrá conmoverla, ni qué peligro ó amenaza de inminente calamidad la haria vacilar?... Y si comenzase á flaquear, digamos como el Arcángel en el combate del cielo: ¿quién como Dios? ¿Quién como Dios, que nos defiende y es nuestra fortaleza?

Editado por [Manuel Arnaldos](#), ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA](#), [MURCIA](#)